

**04 Audiolibro La Gaviota Fern N
Caballero Cap Tulos 19 23**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Wendy Berger** (*Rosslund*) - - - - Capítulo 19. Marisalada pasaba su vida consagrada a perfeccionarse en el arte, que le prometía un porvenir brillante, una carrera de gloria y una situación que lisonjeara su vanidad y satisficiera su afición al lujo. Stein no se cansaba de admirar su constancia en el estudio y sus admirables progresos. Sin embargo, se había retardado la época de su introducción en la sociedad de las gentes de viso, por una enfermedad del hijo de la condesa. Desde los primeros síntomas había olvidado esta todo cuanto la rodeaba: su tertulia, sus prendidos, sus diversiones, a Marisalada y sus amigos, y, antes que a todo, al elegante y joven coronel de que hemos hablado. Nada existía en el mundo para esta madre, sino su hijo, a cuya cabecera había pasado quince días sin comer, sin dormir, llorando y rezando. La dentición del niño no podía avanzar, por no poder romper las encías hinchadas y doloridas. Su vida peligraba. El duque aconsejó a la afligida madre que consultase a Stein; y, verificado así, el hábil alemán salvó al niño con una incisión en las encías. Desde aquel momento, Stein llegó a ser el amigo de la casa. La condesa le estrechó en sus brazos; y el conde le recompensó como podría haberlo hecho un príncipe. La marquesa decía que era un santo; el general confesó que podía haber buenos médicos fuera de España. Rita, con toda su aspereza, se dignó consultarle sobre sus jaquecas, y Rafael declaró que el día menos pensado iba a romperse los cascos, para tener el gusto de que le curase el Gran Federico. Una mañana, la condesa estaba sentada, pálida y desmejorada a la cabecera de su hijo dormido. Su madre ocupaba una silla muy baja, y, como antídoto contra el calor, tenía el abanico en continuo movimiento. Rita se había establecido delante de un gran bastidor y estaba bordando un magnífico frontal de altar, obra que había emprendido en compañía de la condesa. Entró Rafael. —Buenos días, tía: buenos días, primas. ¿Cómo va el heredero de los Algarés? —Tan bien como puede desearse— respondió la marquesa. —Entonces, mi querida Gracia—continuó su primo—, me parece que ya es tiempo de que salgas de tu encierro. Tu ausencia es un eclipse de sol visible, que trae consternada a la ciudad. Tus tertulianos lanzan unánimes suspiros, que van a dejar sin hojas los árboles de las Delicias. El barón de Maude añade a su colección de preguntas, las que le arranca tu invisibilidad. Ese exceso de amor materno le escandaliza. Dice que en Francia se permite a las señoras hacer muy bonitos versos sobre este asunto; pero no tolerarían que una madre joven expusiese su salud, marchitando la frescura de su tez, privándose de reposo y de alimento, y olvidando su bienestar individual al lado del chiquillo. —¡Disparate!—exclamó la marquesa—¿Cómo podrá persuadirse de que hay un país en el mundo en que una madre se aleje ni un solo instante de su hijo cuando está malo? —Pues el mayor es peor todavía—continuó Rafael—; al saber lo que estás haciendo, logró agrandar sus ojos habitualmente espantados y dice que no creía tan bárbaros a los españoles, que no tuviesen en sus casas una nursery. —¿Y qué es eso?—preguntó la marquesa. —Según él se explica—prosiguió Rafael—, es la Siberia de los niños ingleses. Sir John apuesta a que te has puesto tan ligera y delgada, que podrás pasar por hija del Céforo con más razón que las yeguas andaluzas, que gozan de esa reputación y que en la carrera se quedarían muy atrás de su yegua inglesa Atlante, sin necesidad de derramar una cuartilla de cebada en el camino para distraerla. Prima, el único que se ha consolado de los males de la ausencia ha sido Polo, dando a luz un tomo de poesías, y con este motivo casi nos hemos reñido. —Cuéntanos eso, Rafael—dijo Rita—. Hubiera querido presenciar vuestra disputa y no me habría divertido poco. —Ya saben ustedes—dijo Rafael—que todas nuestras modernas ilustraciones aspiran por todos los medios posibles al título de notabilidades. —Sobrino—exclamó la marquesa—, déjate por Dios de esas palabras extranjeradas, que me degüellan. —Perdonad, tía—siguió Rafael—; pero son necesarias para mi historia y participan de su esencia. Como estos señores, y, sobre todo, los que han bebido en manantiales franceses, han visto que en Francia la partícula de es signo de nobleza, han querido también adoptarla; y como en España no significa absolutamente nada, pueden lisonjear sus oídos con la sonoridad del monosílabo inocente, así como con una cáfila de apellidos, cada uno hijo de

su padre y de su madre. Esto puede deslumbrar a los extranjeros, que ignoran que en España el de, y la muchedumbre de apellidos, son prácticas arbitrarias y pueden usarse ad libitum. —Por cierto—dijo la marquesa—, es cosa rara que uno ha de ser de sangre noble, sólo por tener dos letras delante del apellido. Las mujeres casadas añaden al suyo el de sus maridos, con su de corriente, y así, tu madre firmaba Rafaela Santa María de Arias. Hay muchos apellidos nobles que no lo tienen. En Sevilla, el marqués de C... es J. P. El conde del A..., F. E. El marqués de M..., A. S. Mi hermano se llama León Santa María, y el duque de Rivas pone en el frontispicio de sus obras Ángel Saavedra. Volviendo a nuestro Polo—prosiguió Rafael—, no satisfecho con tener un nombre tan adaptado al título de una colección de poesías, se le ocurrió la idea de poner también el de su madre, o el de su abuela, según lo más o menos armonioso de las sílabas, y tuvo la satisfacción de estampar con letras góticas en el frontispicio de su obra: Por A. Polo de Mármol; y quedó tan contento al ver en papel vitela su nombre prosaico prolongado, ennoblecido, sonoro, distinguido y soberbio, a manera de un paladín antiguo que sale de la tumba con su armadura mohosa, que se creyó otro hombre distinto del que era antes; se admiró y se respetó, como aquel oficial portugués que viéndose en el espejo, armado de pies a cabeza, se echó a temblar, teniendo miedo de sí mismo. Su entusiasmo subió a tal punto que mandó grabar sus tarjetas con la recién descubierta fórmula, añadiendo un escudo de armas imaginarias, en que se ve un castillo... —De naipes—dijo la marquesa, impaciente. —Un león—continuó Rafael—, un águila, un leopardo, un zorro, un oso, un dragón; en fin, el arca de Noé de la Heráldica; y encima, una corona imperial. Por desgracia, el grabador, que no era un Estévez ni un Carmona, no pudo poner cuerdas en una lira, que formaba parte de las armas de Polo; pero es un pequeño contratiempo, de que nadie hace eso. Dábale yo la enhorabuena por su nuevo nombre, asegurándole que el nombre de Mármol venía de perlas después del de A. Polo, porque un APolo de mármol valía más que un APolo de yeso; tomándolo él a sátira, se puso tan furioso que me amenazó con escribir una sátira contra los humos de los nobles. Le pregunté si la sátira a los nobles se extendería a las ídem. Entonces se acordó de ti, mi querida prima; lanzó un suspiro y se le cayó de las manos la formidable pluma; peinó, alisó y cubrió de pomada la cabellera serpentina de su Némesis, y yo me he escapado de una buena, gracias a los hermosos ojos de mi prima. Pero—añadió Rafael viendo entrar a Stein—, aquí viene la más preciada de las piedras preciosas; piedra melodiosa como Memnon. Don Federico, ya que sois observador fisiologista, admirad cómo en todas las situaciones de la vida son inalterables en España la igualdad de humor, la benevolencia y aun la alegría. Aquí no tenemos el schwermuth de los alemanes, el spleen de los ingleses, ni el ennui de nuestros vecinos. ¿Y sabéis por qué? Porque no exigimos demasiado de la vida; porque no suspiramos en pos de una felicidad alambicada. —Es—opinó la marquesa—porque solemos tener todas las aficiones propias de nuestra edad. —Es—dijo Rita—porque cada uno hace lo que le da la gana. —Es—observó la condesa—porque nuestro hermoso cielo derrama el bienestar en nuestro ánimo. —Yo creo—dijo Stein—que es por todo eso y además por el carácter nacional. El español pobre, que se contenta con un pedazo de pan, una naranja y un rayo de sol, está en armonía con el patricio que se contenta casi siempre con su destino y se convierte en noble Procusto moral de sí mismo, nivelando sus aspiraciones y su bienestar con su situación. —Decís, don Federico—observó la marquesa—, que en España cada cual está satisfecho con lo que le ha tocado en suerte. ¡Ah doctor! ¡Cuánto siento decir que ya no somos en esa parte lo que éramos! Mi hermano dice que en la jergonza del día hay una palabra inventada por el genio del mal y del orgullo, especie de palanca a que no resisten los cimientos de la sociedad y que ha ocasionado más desventuras a la especie humana que todo el despotismo del mundo. —¿Y cuál es esa palabra—preguntó Rafael—, para que yo le corte las orejas? —Esa palabra—dijo la marquesa suspirando—es la noble ambición. —Señora—dijo Rafael—, es que a la ambición le ha entrado la manía general de nobleza. —Tía—exclamó Rita—, si nos metemos en la política, y os ponéis a repetir las sentencias de mi tío, os advierto que don Federico va a caer en esa quisicosa alemana, Rafael en el spleen inglés y Gracia y yo en el ennui francés. —¡Desvergonzada!—dijo su tía. —Para evitar tamaña desgracia—dijo Rafael—hago la moción de que compongamos entre todos una novela. —¡Apoyado, apoyado!—gritó la condesa. —¡Tal destino!—dijo su madre—. ¿Queréis escribir algún primor, como esos que suele mi hija leerme en los folletines que escriben los franceses? —¿Y por qué no?—preguntó Rafael. —Porque nadie la leerá—respondió la marquesa—, a menos de anunciarla como francesa. —¿Qué nos importa?—continuó Rafael—. Escribiremos como cantan los pájaros, por el gusto de cantar, y no por el gusto de que nos oigan. —Hacedme el favor, a lo menos—prosiguió la marquesa—, de no sacar a la colada seducciones ni adulterios. Pues ¡es bueno hacer a las mujeres interesantes por sus culpas! Nada es menos interesante a los ojos de las personas sensatas que una muchacha ligera de cascos, que se deja seducir, o una mujer liviana que falta a sus deberes. No vayáis tampoco, según el uso escandaloso de los novelistas de nuevo cuño, a profanar los textos sagrados de la Escritura. ¿Hay cosa más escandalosa que ver en un papelito bruñido y debajo de una estampita deshonestas las palabras mismas de nuestro Señor, tales como: «mucho le será perdonado, porque amó mucho», o aquellas otras: «el que se crea sin culpa, tírele

la primera piedra?» ¡Y todo ello para justificar los vicios! ¡Eso es una profanación! ¿No saben esos escritores boquirrubios que aquellas santas palabras de misericordia recaían sobre las ansias del arrepentimiento y los merecimientos de la penitencia? —¡Cáspita!—dijo Rafael—, ¡qué trozo de elocuencia! Tía está inspirada, iluminada; votaré por su candidatura a diputado a Cortes. —Tampoco vayáis—continuó la marquesa— a introducir el espantoso suicidio, que no se ha conocido por acá, hasta ahora, que han logrado entibiar, sino desterrar la religión. Nada de esas cosas nos pegan a nosotros. —Tiene usted razón—dijo la condesa—; no hemos de pintar a los españoles como extranjeros; nos retrataremos como somos. —Pero con las restricciones que exige mi señora marquesa—dijo Stein—, ¿qué desenlace romancesco puede tener una novela que estribe, como generalmente sucede, en una pasión desgraciada? —El tiempo—contestó la marquesa—; el tiempo, que da fin de todo, por más que digan los novelistas, que sueñan en lugar de observar. —Tía—dijo Rafael—, lo que estáis diciendo es tan prosaico como el gazpacho. —¿Te matarás si me caso con Luís?—le preguntó Rita. —¡Yo verdugo, y de mi propia, interesante e inocente persona!, ¡yo mi propio Herodes! ¡Dios me libre, bella ingrata!—contestó Rafael—. Viviré para ver y gozar de tu arrepentimiento y para reemplazar a tu Luís Triunfos, si se le antoja ir a jugar al monte con su compadre Lucifer, en su reino. —No hagáis ostentación en vuestra novela—prosiguió la marquesa—de frases y palabras extranjeras de que no tenemos necesidad. Si no sabéis vuestra lengua, ahí está el diccionario. —Bien dicho—repitió Rafael—; no daremos cuartel a las esbeltas, a las notabilidades ni a los dandys; perversos intrusos, parásitos venenosos y peligrosos emisarios de la revolución. —Más verdad dices de la que piensas—repuso la marquesa. —Pero madre—dijo la condesa—; a fuerza de restricciones, nos pondréis en el caso de hacer una insulsez. —Me fio de tu buen gusto—respondió la marquesa—, y en lo que es capaz de discurrir e inventar Rafael, para que así no sea. Otra advertencia. Si nombráis a Dios, llamadle por su nombre, y no con los que están hoy de moda, Ser Supremo, Suprema Inteligencia, Moderador del Universo y otros de este jaez. —¡Cómo, señora tía!—exclamó Rafael—, ¿negáis a Dios sus poderes y sus prerrogativas? —No por cierto—respondió la marquesa—; pero en el nombre Dios se encierra todo. Buscar otros más altisonantes es lo mismo que platear el oro. Lo mismo me parece eso, que lo que aquí se hace de tejas abajo, quitando al poder el título de rey para llamarlo presidente, primer cónsul o protector. Estoy cierta de que antes de haber consumado del todo su rebeldía, Lucifer nombraba a Dios el Ser Supremo. —Pero tía, no podréis negar—observó Rafael—que es más respetuoso y aun más sumiso. —Anda a paseo, Rafael—contestó con impaciencia la marquesa. Siempre me contradices, no por convicción, sino por hacerme rabiar. Dale a Dios el nombre que se dio él mismo; que nadie ha de ponerle otro mejor. —Tenéis razón, madre—dijo la condesa—. Dejémonos de flaquezas, de lágrimas y de crímenes, y de términos retumbantes. Hagamos algo bueno, elegante y alegre. —Pero Gracia—dijo Rafael—, es menester confesar que no hay nada tan insípido en una novela como la virtud aislada. Por ejemplo, supongamos que me pongo a escribir la biografía de mi tía. Diré que fue una joven excelente; que se casó a gusto de sus padres, con un hombre que le convenía y que fue modelo de esposas y de madres, sin otra flaqueza que estar un poco templada a la antigua y tener demasiada afición al tresillo. Todo esto es muy bueno para un epitafio; pero es menester convenir que es muy sosito para una novela. —¿Y de dónde has sacado—preguntó la marquesa—que yo aspiro a ser modelo de heroína de novela? ¡Tal dislate! —Entonces—dijo Stein—, escribid una novela fantástica. —De ningún modo—dijo Rafael—; eso es bueno para vosotros, los alemanes; no para nosotros. Una novela fantástica española sería una afectación insoportable. —Pues bien—continuó Stein—: una novela heroica o lúgubre. —¡Dios nos libre y nos defienda!—exclamó Rafael—. Eso es bueno para Polo. —Una novela sentimental. —Sólo de oírlo—prosiguió Rafael—me horripilo. No hay género que menos convenga a la índole española que el llorón. El sentimentalismo es tan opuesto a nuestro carácter, como la jerga sentimental al habla de Castilla. —Pues entonces—dijo la condesa—, ¿qué es lo que vamos a hacer? —Hay dos géneros que, a mi corto entender, nos convienen: la novela histórica, que dejaremos a los escritores sabios, y la novela de costumbres, que es justamente la que nos peta a los medias cucharas como nosotros. —Sea, pues; una novela de costumbres—repuso la condesa. —Es la novela por excelencia—continuó Rafael—, útil y agradable. Cada nación debería escribirse las suyas. Escritas con exactitud y con verdadero espíritu de observación, ayudarían mucho para el estudio de la humanidad, de la Historia, de la moral práctica, para el conocimiento de las localidades y de las épocas. Si yo fuera la reina, mandarí a escribir una novela de costumbres en cada provincia, sin dejar nada por referir y analizar. —Sería, por cierto, una nueva especie de geografía—dijo Stein riéndose—. ¿Y los escritores? —No faltarían si se buscaran—respondió Rafael—, como nunca faltan hombres para toda empresa, cuando hay bastante tacto para escogerlos. La prueba es que aquí estoy yo, y ahora mismo vais a oír una novela compuesta por mí, que participará de ambos géneros. —Así saldrá ella—dijo la marquesa—. Don Federico, ya veréis algo parecido a Bertoldo. —Puesto que mi prima quiere algo bueno y sencillo; mi tía algo moral, sin pasiones, flaquezas, crímenes ni textos de la Escritura, y mi prima Rita algo festivo, voy a tomar por asunto la vida honrada y moral de mi tío el general

Santa María. —No faltaba más—dijo la marquesa—sino que fueras a hacer burla de mi hermano. No me parece que da margen a ello. ¡Vaya! —No por cierto—replicó Rafael—; respeto y aprecio a mi tío más que nadie en este mundo y sé que sus virtudes militares, que a veces pasan de raya, le han merecido el dictado del Don Quijote del Ejército. Pero nada de esto impide que también tenga su historia, porque si madame Staël ha dicho que la vida de una mujer es siempre una novela, creo que con igual derecho puede decirse que la vida de un hombre es siempre una historia. Escuchad, pues, incomparable doctor, la historia de mi tío en compendio. Santiago León Santa María nació predestinado para la noble carrera de las armas, porque vio la luz del día, o por mejor decir, las sombras de la noche, en el momento mismo en que la retreta pasaba por delante de los balcones de la casa, de modo que hizo su entrada en el mundo a son de caja. —Eso es cierto—dijo la marquesa, sonriéndose. —Yo no miento jamás... cuando digo la verdad—continuó gravemente Rafael—. Como señal de aquella predestinación, nació con una espada color de sangre en el pecho, dibujada por mano de la naturaleza con la mayor propiedad; de modo que todas las comadres del barrio acudieron a saludar al general in partibus de los ejércitos de S. M. Católica. —No hay tal cosa—dijo la marquesa—; tiene una señal en el pecho, es verdad; pero es en figura de rábano, un antojo que había tenido nuestra madre. —Observad, doctor—continuó Rafael—, que mi tía desprestigia y despoetiza la historia de su querido hermano. ¡Un rábano en el pecho de un valiente, en lugar de una orden militar! Vaya, tía, ¿hay cosa más ridícula? —¿Qué tiene de ridículo—dijo la marquesa—nacer con una señal en el pecho? —Prosigue, Rafael—dijo Rita—. Yo no sabía ninguna de esas particularidades. Prosigue sin tantos paréntesis. —Nadie nos corre, querida Rita—dijo Rafael—; ¿qué prisa tenemos? Una de las ventajas que llevamos a otras naciones, es no vivir a galope, como corredores intrusos. Conque apenas León Santa María cumplió los doce años, entró de cadete en un Regimiento y se puso desde entonces derecho como un huso, serio como un sermón y grave como un entierro. Haciendo el ejercicio, y peleando como valiente muchacho en el Rosellón, fue pasando el tiempo y llegó mi tío a la edad en que el corazón canta y suspira. —Rafael, Rafael—dijo su tía—, cuenta con lo que se habla. —No tengáis cuidado, tía; no hablaré más que de amores platónicos. —¿Amores qué?... ¿Hay acaso varias clases de amores? —El amor platónico—contestó Rafael—es el que se encierra en una mirada, en un suspiro o en una carta. —Es decir—repuso la marquesa—, la vanguardia; pero ya sabes que el cuerpo del ejército viene detrás; con que doblemos la hoja sobre ese capítulo. —Señora marquesa—repuso Rafael—, no os apuréis. Mi historia será tal, que después de haberla oído cualquiera podrá retratar a mi tío con la espada en una mano y la palma en la otra. «Sus primeros amores fueron con una guapa moza de Osuna, donde estaba acuartelado su Regimiento. El día menos pensado llegó la orden de marchar. Mi tío dijo que volvería, y ella se puso a cantar Mamburú se fue a la guerra; y lo estaría todavía cantando si un labrador grueso no la hubiera ofrecido su gruesa mano y su gruesa hacienda. Sin embargo, al principio estuvo inconsolable. Lloraba como las nubes de otoño y no paraba de exclamar día y noche: ¡Santa María, Santa María!, tanto que una criada que dormía cerca, creyendo que su ama estaba rezando las letanías, no dejaba de responder devotamente: Ora pro nobis.» Mi tío—siguió Rafael—recibió orden de pasar a América; volvió para tomar parte en la guerra de la Independencia, y no tuvo tiempo para pensar en amoríos. De donde resultó que, no tratando con más bellezas que las que podía hacer marchar a tambor batiente, adquirió tal acritud de temple, que se le quedó el nombre del general Agraz. —¿Cómo te atreves?...—exclamó la tía. —Tía—contestó Rafael—, yo no me atrevo a nada; lo que hago es repetir lo que otros han dicho. Pian pianino llegaron los sesenta años, trayendo en pos la comitiva ordinaria de reumatismos y catarros, con todas las trazas de convertirse en crónicos. Mi tía y todos los amigos le aconsejaban que se retirase y se casase para vivir tranquilo. Fijad las mentes, doctor, en el remedio: ¡casarse para vivir tranquilo! Ya ve usted que mi tía se siente inclinada a la homeopatía. —¿Ese sistema nuevo—preguntó la marquesa—que receta estimulantes para refrescar? No lo creáis, doctor, ni vayáis a dar esa clase de remedios al niño. —Pues como iba diciendo—continuó Rafael—, había aquí una soltera de edad madura, que no había querido casarse a gusto de su padre, ni su padre la había querido dejar casar a su gusto; este tenía muchos humos, en vista de que su hija se llamaba doña Pancracia Cabeza de Vaca. Ahora bien, esta noble parte del animal... La marquesa le interrumpió: —Ríete cuanto quieras, como te ríes de todo; este es un privilegio que la naturaleza te ha dado, como al sol el de brillar. Pero sabed, don Federico, que ese nombre, tan ridículo a los ojos de mi sobrino, es uno de los más ilustres y más antiguos de España. Debe su origen a la batalla de las Navas de Tolosa... —La cual—añadió Rafael—se dio por los años de 1212, y la ganó el rey don Alfonso Noveno, llamado el Noble, padre de la reina de Francia Blanca, madre de San Luís; y con aquella hazaña libertó a Castilla del yugo de los sarracenos. —Así es—repuso la marquesa—; todo eso se lo he oído contar a mi cuñada. El Miramamolín, según ella cuenta, se había retirado a una altura donde se atrincheró con sus tesoros en una especie de recinto formado con cadenas de hierro. Un río separaba esta altura del ejército cristiano. El rey, que no podía pasarlo, estaba desesperado. Entonces se le presentó un pastor viejo, con su hopalanda y su capucha, y le descubrió un sitio por donde podría vadear el río sin dificultad: «Seguid la

orilla—le dijo—, aguas abajo, y donde veáis la cabeza de una vaca, que han devorado los lobos, allí está el vado.» De resultas de este aviso se ganó aquella memorable batalla. El rey, agradecido, ennobleció al que le había hecho un servicio tan señalado y le dio a él y a sus descendientes el nombre de Cabeza de Vaca. Mi cuñada dice que aún se conservan en la catedral de Toledo la estatua del pastor patriota y las cadenas del campo del Miramamolín. — Seiscientos años de nobleza—dijo Rafael—son un moco de pavo en comparación de la nuestra, porque ha de saber usted, doctor, que el nombre de Santa María eclipsa a todas las Cabezas de Vaca, aun cuando arranque su árbol genealógico de los cuernos de la que Noé llevó a su arca. Para que usted lo sepa, somos parientes de la Santa Virgen, nada menos; y en prueba de ello, una de mis abuelas, cuando rezaba el rosario con sus criadas, según la buena costumbre española... —Costumbre que se va perdiendo—interrumpió suspirando la marquesa. —Decía—prosiguió Rafael—: «Dios te salve María, prima y señora mía», y los criados respondían: «Santa María, prima y señora de usía.» —No digas esas cosas delante de extranjeros, Rafael—dijo la condesa—, porque o están bastante preocupados contra nosotros para creerlas, o sin creerlas tienen bastante mala fe para repetir las. Lo que acabas de contar es una cosa que todo el mundo sabe; un chiste inventado para burlarse de las exageradas pretensiones de antigüedad que nuestra familia tiene. —A propósito de lo que dicen los extranjeros, ¿sabes, prima, que lord Londonderry ha escrito su Viaje a España, en el que dice que no hay más que una mujer bonita en Sevilla, y es la marquesa de A..., desfigurando, por supuesto, su nombre del modo más extraño? —Tiene razón—dijo la condesa—; Adela es lindísima. —Es lindísima—prosiguió Rafael—, pero decir que es la única, me parece un disparatón de tomo y lomo. El mayor está furioso, y va a ponerle pleito como calumniador, con plenos poderes de la Giralda, que se tiene y se califica por la mejor moza de toda Sevilla. —Eso es ser más realista que el rey—dijo Rita, con un gracioso desdén—; y bien puedes asegurar al mayor, en nombre de todas las sevillanas, que tanto nos da que ese lord nos encuentre feas como bonitas. Pero sigue con tu historia, Rafael; te quedaste en los preliminares del casamiento del tío. —Antes que Rafael tome la ampollita—interrumpió la marquesa—diré a usted, don Federico, que la nobleza de nuestra familia estaba ya reconocida en el año 737, porque uno de nuestros abuelos fue el que mató al oso que quitó la vida al rey goda don Favila, y por eso tenemos un oso en nuestro escudo de armas. Rafael se echó a reír con tan estrepitosa carcajada que cortó el hilo a la narración de su tía. —Vaya—dijo—, aquí tenemos la segunda parte de Prima y Señora mía. La marquesa tiene una colección de datos genealógicos, tan verídicos unos como otros. Sabe de memoria la de los duques de Alba, que vale un Perú. —Si quisierais tener la bondad, señora marquesa, de referírmela—dijo Stein—, os lo agradecería infinito. —Con mucho gusto—respondió la marquesa—; y espero que daréis más crédito a mis palabras que ese niño, tanpreciado de saber más que los que nacieron antes que él. Sabéis que nada ennoblece tanto al hombre como los rasgos de valor. —Por esa cuenta—dijo Rita—, José María podía ser noble y algo más, grande de España de primera clase. —¡Qué amigos de contradecir son mis sobrinos!— exclamó la marquesa con alguna impaciencia. Pues bien: sí, señorita. José María podía ser noble si no fuera ladrón. —Ya que se trata de José María—dijo Rafael—, voy a contar a don Federico un rasgo de valor de aquel personaje. Lo sé de buena tinta. —No queremos saber las hazañas de los héroes del trabuco—dijo la marquesa—. Rafael, tú hablas sin punto ni coma... —Escuchad mi aventura de José María—continuó Rafael—. Un ladrón héroe, caballeroso, elegante, galán y distinguido, es fruta que no nace sino en nuestro suelo. Vosotros los extranjeros podréis tener muchos duques de Alba, pero seguramente no tendréis un José María. —¿Qué dices tú?—dijo la marquesa—, ¿que los extranjeros podrán tener muchos duques de Alba? ¡Pues ya!, ¡fácil era! Escuchad, don Federico: cuando el santo rey don Fernando estaba delante de los muros de Sevilla, viendo que el sitio se prolongaba, propuso al rey moro... —Que se llamaba Axataf por más señas—interrumpió Rafael. —Poco importa el nombre—continuó la marquesa—; propúsole, pues, como iba diciendo, que se decidiese la suerte de la ciudad sitiada en combate singular, cuerpo a cuerpo, entre los dos monarcas. El moro tuvo vergüenza de rehusar el reto. El rey Fernando ocultó a todo el mundo su designio, y cuando llegó la hora convenida, salió solo y de noche de sus reales, encaminándose al puesto señalado. Un soldado de su guardia que le vio salir, tuvo algunas sospechas de su intento y temeroso de que el rey cayese en alguna asechanza, se armó y le siguió de lejos. Llegado que hubo el monarca al sitio que todavía se llama la Fuente del Rey, y que era entonces un lugar muy agreste, se detuvo aguardando a que se presentase el moro. Pero por más que aguardaba, el otro en lo menos que pensaba era en acudir a la cita. Así pasó la noche, y al clarear el alba, convencido de que su contrario no vendría, iba a retirarse cuando oyó ruido en la enramada y mandó que saliese al frente, quienquiera que fuese. Era el soldado y obedeció. «¿Qué haces ahí?», preguntó el rey. «Señor—respondió el soldado—, he visto a vuestra majestad salir solo del campo, e inferí su intento; he temido algún lazo y he venido a defender a su persona.» «¿Solo?», preguntó el rey. «Señor—continuó el soldado—, ¿vuestra majestad y yo, acaso no bastamos para doscientos moros?» «Saliste de mis reales soldado—dijo el rey—y entras en ellos duque de Alba.» —Ya veis, don Federico—dijo Rafael—, que esa leyenda popular arregla desafíos a medianoche y crea

duques a pedir de boca. —Calla por Dios, Rafael—dijo la condesa—, y déjanos esta creencia, pues me gusta esa etimología. —Sí—respondió Rafael—; pero el duque de Alba no le agradecerá a tu madre la ilustración que quiere darle. Ahora veréis lo que hay en el asunto. Diciendo estas palabras y echando a correr Rafael, volvió muy pronto con un libro en folio y en pergamino, que sacó de la librería del conde. —He aquí—dijo—la creación, privilegios y antigüedad de los títulos de Castilla, por don José Berni y Catalá, abogado de los Reales Consejos. Página 140. «Conde de Alba, hoy día duque. El primer fue don Fernando Álvarez de Toledo, creado conde de Alba por Juan Segundo, 1439. Don Enrique Cuarto lo hizo duque en 1469. Esta ilustre y excelsa familia es de sangre real y ha tenido los primeros empleos de España en guerra y en política. El duque mandó todo el ejército en la conquista de Flandes y en la de Portugal, donde hizo maravillas. Esta ilustrísima familia tiene tanto lustre y tantos méritos, que para enumerarlos sería necesario escribir volúmenes.» Ya veis, tía, que la historia que nos habéis contado, aunque muy propagada, es apócrifa. —No sé lo que quiere decir—continuó la marquesa—, esa palabra griega o francesa; pero volviendo a los Santas Marías, este nombre les fue dado con motivo de... —Tía, tía—exclamó Rita—, hacednos el favor de dispensarnos de oír nuestra historia genealógica. ¿No tenemos bastante con la de los Cabezas de Vaca y los Albas? Cuando penséis contraer segundas nupcias, entonces podréis lucir estas galas genealógicas a los ojos del favorecido. —El apellido de los duques de Alba—dijo Stein—es Álvarez, y así se llama también mi patrón, que es un buen hombre, lleno de honradez y tendero retirado. Me causa mucha extrañeza ver que en este país los nombres más ilustres son comunes a las clases más elevadas y a las más ínfimas. ¿Será cierto lo que se dice en mi país, que todos los españoles se creen de noble sangre? —Esa es una confusión de ideas—contestó Rafael—, como todas las que generalmente tienen los extranjeros sobre las cosas de España; y así no hay ninguno que no crea a puño cerrado que cada gañán arando, lleva colgada a su lado la espada distintiva de caballero. Hay muchos apellidos generales y como mancomunales en España, no hay duda; pero esto nace en gran parte de que, en tiempos pasados, los señores que tenían esclavos les daban sus apellidos al emanciparlos. Estos nombres, usados por los moros ya libres, debieron multiplicarse, en particular los de los magnates, a medida que más esclavos tenían. Algunas de esas nuevas familias se ilustraron y fueron ennoblecidas, porque muchas descendían de moros nobles. Pero los grandes de España, que tienen aquellos mismos nombres, llevan tan a mal ser confundidos con estas familias, como con las de los artesanos que se hallan en el mismo caso. También hay que observar que muchos han tomado los nombres de las localidades de donde provienen, y así tenemos centenares de Medinas, Castillas, Navarros, Toledos, Burgos, Aragonés, etc. En cuanto a esas aspiraciones a sangre noble que están tan propagadas entre los españoles, es observación que no carece de fundamento, porque es cierto que este pueblo tiene orgullo y propensiones delicadas y distinguidas; pero no deben confundirse estos rasgos de carácter nacional con las ridículas afectaciones nobiliarias que hemos visto en tiempos modernos. El pueblo español no aspira a engalanarse con colgajos ni a salir de la esfera en que le ha colocado la providencia; pero da tanta importancia a la pureza de su sangre, como a su honra; sobre todo en las provincias del Norte, cuyos habitantes se jactan de no tener mezcla de sangre morisca. Esta pureza se pierde por un nacimiento ilegítimo; por la menor y más dudosa alianza con sangre mulata o judía, así como por los oficios de verdugo y pregonero, o por castigos infamantes. —¡Válgame Dios—dijo Rita—, qué fastidiosos están ustedes con su nobleza! ¿Quieres, Rafael, hacernos el favor de continuar la historia del tío? —¡Dale!—exclamó la marquesa. —Tía—respondió Rafael—, no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Conque, don Federico, Santa María y Cabeza de Vaca se unieron como dos palomos. Muchas veces he oído decir que mi tía, que está aquí presente, lloró de placer y de ternura al ver tan bien concertada unión. Mi tío tranquilizó los recelos que hubiese podido inspirarle el nombre de su cara mitad sólo con verla. —¡Rafael, Rafael!—exclamó la marquesa. —Pero quien quedó asombrado—prosiguió Rafael fue todo el mundo, y más que nadie, mi tío, cuando al cabo de nueve meses la Cabeza de Vaca dio a luz un pequeño Santa María, tamaño como un abanico, y que parecía engendrado por una X y una Z, La Cabeza de Vaca se puso más oronda que la de Júpiter cuando produjo a Minerva. Hubo, con este motivo, un gran debate matrimonial. La señora quería que el dulce fruto de su amor se llamase Pancracio, nombre que, desde la batalla de las Navas de Tolosa, había sido el de los primogénitos de la familia. Mi tío se empestilló en que el futuro representante de los venerables Santa María no llevase otro nombre que el de su padre, nombre sonoro y militar. Mi tía los puso de acuerdo, proponiendo que se bautizase la criatura con los nombres de León Pancracio, de lo que ha resultado que su padre lo ha llamado siempre León y su madre siempre Pancracio. De repente interrumpió esta narración el general, entrando en la sala, pálido como un muerto, con los labios apretados y lanzando rayos por los ojos. —¡Santo Dios!—dijo Rafael a Rita en voz baja—, quisiera estar ahora siete estados debajo de tierra, con las estatuas romanas que sirvieron a los moros para hacer los cimientos de la Giralda. —Estoy furioso—dijo el general. —¿Qué tenéis, tío?—le preguntó la condesa, colorada como un tomate. Rita bajaba la cabeza sobre su bordado, mordiéndose los labios para sofocar la risa. La marquesa tenía la cara más larga que la de Don Quijote. —Esto es

peor que burlarse de la gente—continuó el general con voz temblona—: ¡es un insulto! —Tío—dijo la condesa suavizando la voz lo más posible—, cuando no hay mala intención, cuando no hay más que ligereza, atolondramiento, gana de reír... —¡Gana de reír!—interrumpió el general—: ¡reírse de mí!, ¡reírse de mi mujer! Por vida mía, que se le ha de pasar la gana. Ahora mismo voy a presentar mi queja a la policía. —¡A la policía! ¿Estás en tu juicio, hermano? —exclamó la marquesa. —Si salgo con bien de esta—dijo Rafael a Rita—, hago voto a San Juan el Silencioso de imitarle durante un año y un día. —Mi querido León—prosiguió la marquesa—, por Dios te ruego que no des tanta importancia a una niñería. Cálmate. Yo sé que te ama y te respeta. ¿Quieres dar un escándalo? Las quejas de familia no deben salir al público. Vamos, León, hermano, quédese eso entre nosotros. —¿Qué estás hablando de quejas de familia?—replicó el general volviéndose hacia su hermana—. ¿Qué tiene que ver la familia con las insolencias inauditas de ese desaforado inglés, que viene a insultar a la gente del país? Al oír estas palabras, la hermana y los sobrinos del general respiraron con holgura, como si se les hubiera quitado una piedra de sobre el corazón. Su temor de que nuestro cronista hubiese sido oído por el inflexible veterano, carecía de fundamento, y Rafael preguntó con los tonos más sonoros de su voz: —¿Pues qué ha hecho ese gran anfibio? —¿Lo que ha hecho?—contestó el general—. Voy a decírtelo. Sabéis que, por desgracia mía, ese hombre vive enfrente de mi casa. Pues bien: a la una de la noche, cuando todo el mundo está en lo mejor de su sueño, el mister abre la ventana y se pone... ¡a tocar la trompa! —Ya sé que es furiosamente aficionado a ese instrumento—dijo Rafael. —Además de eso—continuó el general—, lo hace malísimamente y el soplo de su vasto pecho saca del instrumento sonidos capaces de despertar a los muertos de veinte leguas a la redonda; de modo que se ponen a aullar todos los perros de la vecindad. Con esto tendréis una idea de las noches que nos hace pasar. Todos los esfuerzos que habían hecho hasta allí los oyentes para contener la risa, fueron infructuosos. La carcajada fue tan simultánea y tan estrepitosa, que el general calló de repente y les echó una mirada indignada. —¡No faltaba más, sobrinos!, no faltaba más sino que os parezca asunto de risa tan descarada insolencia, tal desprecio de las gentes. ¡Reíos, reíos!, ya veremos si se reirá también tu recomendado. Dijo, y se salió de la pieza tan denodadamente como en ella había entrado, con dirección a la policía. Rita se desternillaba de risa. —¡Válgame Dios, Rita!—dijo la marquesa, que no estaba para fiestas—. Más propio sería que te indignases de tamaña falta de seso, que no reírse de ella. —Tía—contestó la joven—, bien sé lo que el caso merece; pero aunque estuviese en el ataúd, me había de reír. Os prometo que, para vengar a mi tío, cuando el mayor moscón venga a chapurrearme piropos, no me contentaré con volverle la espalda, sino que he de decirle: guardad vuestro resuello para tocar la trompa. —Mejor harías—dijo Rafael—en imitar a las señoritas extranjeras, que se ponen coloradas para dar los buenos días y pálidas para dar las buenas noches. —Eso sería mejor—contestó Rita—; pero yo prefiero hacer lo peor. —A todo esto—dijo Stein con su perseverancia alemana—, me habíais prometido, señor de Arias, contarme un rasgo de valor de José María. —Será para otro día—respondió Rafael—. He aquí a mi general en jefe—añadió sacando el reloj—: son las tres menos cuarto y a las tres estoy convidado a comer en casa del capitán general. Doctor, si yo fuera vos, iría a suministrar los socorros del arte a mi tía Cabeza de Vaca en el estado crítico en que la ha puesto la trompa del mayor. Capítulo 20. Completamente restablecido ya el niño de la condesa, había llegado la noche que esta señora había fijado para recibir a María. Algunos tertulianos estaban ya reunidos, cuando Rafael Arias entró precipitadamente. —Prima—dijo—, vengo a pedirte un favor: si me lo niegas, voy a derechura a echarme de cabeza... en mi cama, bajo pretexto de una jaqueca monstruo. —¡Jesús!—replicó la condesa—. ¿De qué modo puedo yo evitar tamaña desgracia? —Vas a saberlo—continuó Rafael—. Ayer he tenido carta de uno de mis camaradas de embajada: el vizconde de Saint Léger. —Quítale el Saint y el vizconde, y deja Léger pelado—repuso el general. —Bien—dijo Rafael—; mi amigo, que según el tío no es ni vizconde ni santo, me recomienda a un príncipe italiano. —¡Un príncipe!, ¡pues ya!—dijo con sorna el general—. ¿Por qué no han de llamarse las cosas por sus nombres? Lo que será es un carbonario, un propagandista, una verdadera plaga. ¿Y de dónde es ese príncipe? —No lo sé—repuso Rafael—; lo que sé es que la carta dice lo siguiente: «Os agradeceré que hagáis conocer a mi recomendado las mujeres más bellas y amables, las reuniones más escogidas y las antigüedades más notables de la hermosa Sevilla, ese jardín de las Hespérides.» —Jardín del Alcázar querrá decir—observó la marquesa. —Es probable—prosiguió Rafael—. Cuando me vi encargado de esta tarea, sin saber a qué santo encomendarme, se me ocurrió la luminosa idea de acudir a mi prima y pedirle licencia para traer al príncipe a su tertulia, porque de este modo podrá conocer las mujeres más bellas y amables, la sociedad más escogida y—añadió en voz baja y señalando con el dedo la mesa del tresillo—las antigüedades más notables de Sevilla. —Mira que mi madre está ahí—murmuró la condesa echándose a reír a pesar suyo—; eres un insolente.—Y añadió en voz alta—: Tendré mucho gusto en recibirle. —¡Bien, muy bien!—exclamó el general, barajando violentamente los naipes—¡Mimarlos, abrirles las puertas de par en par, ponerles andadores!; se divertirán a vuestra costa y después se burlarán de vosotros. — Creed, tío—contestó Rafael—, que tomamos la revancha. Es cierto que se prestan a ello admirablemente. Algunos

vienen con el único designio de buscar aventuras, muy persuadidos de que España es la tierra clásica de estos lances. El año pasado tuve uno a cuestras, con esta monomanía. Era un irlandés, pariente de lord W. —Sí, ¡como yo del Gran Turco!—dijo el general aplicando su muletilla. —El espíritu del héroe de la Mancha—continuó Rafael—se había apoderado de mi irlandés, a quien llamaré Verde Erín por haberseme olvidado su verdadero nombre. Una tarde nos paseábamos en la plaza del Duque. El cielo se oscureció y estalló de repente una tormenta; yo traté de buscar abrigo, pero él siguió paseando porque tenía gana de experimentar una tormenta española. A las justas observaciones que le hice, de que iba a calarse hasta los huesos, contestó que todo lo que tenía encima era water-proof el sombrero, el gabán, los pantalones, los guantes, las botas, todo. Le abandoné a su suerte. —¿Es eso creíble, Rafael?—dijo la condesa. —Es más; es probable—dijo el general—; ningún inglés se va nunca a la cama sin haber hecho una extravagancia. —Sigue, Rafael, sigue, hijo—suplicó la marquesa—, porque ya preveo que ese temerario va a saber por experiencia propia que no se debe tentar a Dios. —Pues mi Erín—siguió Rafael—estaba recibiendo el agua como el arca de Noé, cuando cayó un rayo en el árbol bajo el cual se había sentado. —Vaya, vaya—gritaron todos—, eso es cuento; ¡cosas de Rafael! —Como soy, que es la verdad—exclamó éste colorado—; informaos, si queréis, de más de cien personas que presenciaron el lance. Aseguro que una acacia entera y verdadera se desplomó sobre mi pobre Erín. Por fortuna estaba colocado de tal manera, que evitó el choque del tronco, pero quedó preso entre las ramas, como un pájaro en la jaula. En vano gritaba, en vano prodigaba el juramento nacional y las ofertas de billetes de banco a los que viniesen a socorrerle. Tuvo que aguantarse en su prisión vegetal casi todo el chubasco. Al fin pasó la tormenta y volvió a salir la gente a la calle. Acudieron en su ayuda; pero la cosa no era tan fácil: hubo que traer sierras y hachas y cortar las ramas más gruesas. A medida que caían las paredes de su calabozo, se iba descubriendo parte por parte la triste figura del hijo de Irlanda. Todos los water-proof habían frito fiasco. Sus brazos y sus cabellos, y las alas del sombrero, pendían tiosos y perpendiculares hacia la tierra. Parecía un navío empavesado en calma chicha. Imaginaos los chistes, las bromas que descargaría sobre el pobre Erín nuestra gente sevillana, tan chusca de suyo y tan burlona. El buen hombre tuvo que pasar no sólo por el susto y el aguacero, sino por una risa homérica, de la que en su tierra no había tenido ni aún idea. Confieso con vergüenza que habiendo vuelto con intención de reunirme a él, no tuve valor y eché a correr. —¿Y no tuvo más consecuencias ese lance?—preguntó la marquesa—. ¿No le indujo a meditar? —Ninguna consecuencia tuvo este accidente, ni en el orden físico ni en el moral. Los ingleses tienen siete vidas como los gatos. Lo único que resultó fue destruir su fe en los water-proof. Pero no fue esa la más trágica de las aventuras de mi héroe. Le había traído a España una afición decidida a ladrones: quería verlos a toda costa. El gusto de ser robado era su idea, su capricho, el objeto de su viaje; habría dado diez mil sacos de patatas por ver de cerca a José María en su hermoso traje andaluz y con su botonadura de doblones de a cuatro. Traía ex profeso para él un puñal con mango de oro y un par de pistolas de Mantón. —¡Armar a nuestros enemigos!—exclamó el general—. Ese es su prurito. ¡Siempre los mismos! —Queriendo irse a Madrid—continuó Rafael—, y sabiendo que la diligencia tenía el mal gusto de llevar escolta, se decidió a irse en el carro del correo. Todos mis argumentos para disuadirle fueron inútiles. Partió en efecto, y más allá de Córdoba, sus ardientes deseos se realizaron. Encontró ladrones; pero no ladrones de buen tono, no ladrones fashionables como José María, que parecía una ascua de oro, montado en su brioso alazán. Eran ladrones de poco más o menos: pedestres, comunes y vulgares. Ya sabéis lo que es ser vulgar en Inglaterra. No hay apestado, no hay leproso que inspire a un inglés tanto horror como lo que es vulgar. ¡Vulgar! A esta palabra, Albión se cubre de su más espesa neblina; los dandys caen en el spleen más negro; las ladys se llenan de diablos azules las mises sienten bascas, y las modistas se tocan de los nervios. No es extraño, pues, que Erín se creyese degradado, dejándose robar por ladrones vulgares; y así es que se defendió como un león. No defendía, sin embargo, su tesoro, pues me lo había confiado hasta su vuelta, y lo que de él tenía en más estima, consistía en una rama del sauce que cubría el sepulcro de Napoleón, un zapato de raso de una bolera, tamaño como una nuez, y una colección de caricaturas de lord W..., su tío. —Eso pinta al hombre—dijo el general. —Pero yo no hago más que charlar—dijo Rafael—. Adiós, prima. Me voy y me quedo. —¿Y qué? ¿Te vas, dejando al pobre Erín en manos de los ladrones? Es preciso que acabes tu relación—dijo la condesa. —Pues bien—continuó Rafael—, os diré en dos palabras que los ladrones exasperados le maltrataron y dejaron sin conocimiento, atado a un árbol, donde le halló una pobre vieja, quien hizo le llevasen a su choza y allí le cuidó como una madre durante una enfermedad que le resultó del lance. Yo estuve algún tiempo sin tener noticias suyas; y como se dice vulgarmente que la esperanza era verde y se la comió un borrico, ya iba creyendo que la misma desgracia había acontecido a mi verde Erín, cuando me escribió contándome lo ocurrido. Me encargaba que diese diez mil reales a la mujer que le había salvado y cuidado, sin tener la menor idea de quién podría ser, porque su traje, cuando lo descubrieron, era el mismo con que su madre lo parió. La recompensa era, como veis, decente; porque es menester ser justos; nadie puede negar que los ingleses son generosos. Pero aquí viene Polo con una elegía en los

ojos. El príncipe me aguarda. Me voy corriendo, aunque me caiga. Con esto desapareció. —¡Jesús!—dijo la marquesa—. Rafael me marea; parece hecho de rabos de lagartijas. Se mueve tanto, gesticula tanto, charla tan sin cesar y tan deprisa, que me quedo en ayunas de la mitad de las cosas que dice. —Poco pierdes—dijo el general. —Pues yo—añadió la condesa—querría a Rafael, por lo mucho que me divierte, si no le quisiera ya tanto por lo mucho que vale. —Aquí tienes, querida Gracia—dijo Eloísa entrando y abrazando a la condesa—, el Viaje de Dumas por el sur de Francia. La condesa tomó los libros. Polo y Eloísa hicieron una disertación sobre las obras del escritor; disertación de cuya lectura dispensamos al lector, que nos dará gracias por ello. —¡Pobre Dumas!—dijo la condesa al coronel. —¡Pobre!—exclamó el coronel—. ¿Pobre llamáis al que es rico y personaje, al que todos festejan, obsequian y aplauden? ¿O será porque algunas veces le critican? —¿Porque le critican?—respondió la condesa—; no por cierto; yo me tomo algunas veces la libertad de hacerlo. Todo el que se presenta al público, le da ese derecho. No digo pobre al oírle criticar; lo digo al oír algunos elogios que de él hacen. —¿Y por qué, condesa?, el elogio siempre es lisonjero. —No podré explicarme bien—dijo la condesa—sino por medio de una comparación, porque no soy elocuente como Eloísa. Hace algún tiempo que vino a vemos una de nuestras parientas de Jerez, mujer muy devota, cuyo marido es muy aficionado a las artes. Lo primero que traté de enseñarles fue, por supuesto, nuestra hermosa catedral. En el camino se nos pegó, sin que pudiésemos deshacernos de él, otro jerezano, hombre muy ordinario, pero riquísimo, y tuvimos que conformarnos con que fuese de nuestra comitiva. Al entrar en aquel sin igual edificio, mi prima alzó la cabeza, cruzó las manos, atravesó con paso acelerado la nave y se arrodilló bañada en lágrimas a los pies del altar mayor. Su marido quedó como arrebatado, sin poder dar un paso adelante. Pero el ricacho exclamó: «¡Buena posesión!, ¡y qué buena bodega haría!» ¿Habéis comprendido mi idea? —Sin duda—respondió el coronel riéndose—, que un necio elogio es peor que una crítica; ya lo dice la fábula de Iriarte: Si el sabio no aprueba, ¡malo! Si el necio aplaude, ¡peor! Pero el cuentecillo tiene su buena dosis de sal y pimienta.—Lo sentiría mucho—dijo la condesa—. Es un recuerdo que he tenido al oír hacer la apología de las obras de Dumas. ¡Tantas exclamaciones vacías y ni siquiera una palabra de elogio para esa historia de la Magdalena y de Lázaro, de la que no puedo leer un renglón sin derramar lágrimas! —Condesa—dijo el coronel—, si alguna vez viene Dumas a España, me obligo a traerle a vuestros pies para que os dé gracias por el modo que tenéis de juzgar sus obras. —¿No tendríais gusto en conocerle? —En general no deja de tener inconvenientes el conocer a escritores de gran mérito. —¿Y por qué, condesa? —Porque lo común es que desprestigia al autor. Un amigo mío, persona de mucho talento, decía que los grandes hombres son al revés de las estatuas, porque estas parecen mayores, y aquellos más pequeños, a medida que uno se les acerca. En cuanto a mí, si alguna vez me meto a autora (lo cual podrá suceder, por aquello de que de poeta y loco todos tenemos un poco), a lo menos tendré la ventaja de que me oirán sin verme, gracias a mi pequeñez, a la escasa brillantez de mi pluma y a la distancia. —¿Creéis, pues, que el autor ha de ser uno de los héroes de sus ficciones? —No; pero temería verle desmentir las ideas y los sentimientos que expresa, y entonces se disiparía el encanto, porque al leer lo que me habría arrebatado, no podría apartar de mí la idea de que el hombre lo había escrito con la cabeza y no con el corazón. —¡Cómo escriben esos franceses!—decía entre tanto Eloísa, resumiendo el mencionado certamen literario. —¿Qué es lo que no hacen bien esos hijos de la libertad?—repuso Polo. —Pero señorita—dijo el general—, ¿por qué no leéis libros españoles? —Porque todo lo español lleva el sello de una estupidez chabacana—respondió Eloísa—. Estamos en todos los ramos y conceptos en un atraso deplorable. —¿Qué queréis que escriba un escritor culto en este detestable país—añadió Polo algo picado—, si no estamos a la altura de nada y sólo podemos imitar? ¿Cómo hemos de pintar nuestro país y nuestras costumbres, si nada de elegante, de característico ni de bueno hallamos en él? —A no ser—dijo Eloísa, con remilgada sonrisa—que celebréis con los alemanes el azahar y las naranjas; con los franceses, el bolero, y con los ingleses, el vino de Jerez. —¡Ah! Eloisita—exclamó entusiasmado Polo—, ese chiste es tan espiritual, que si no es francés, merece serlo. En lo que decía, plagaba Polo, según su costumbre, un conocido dicho francés. Afortunadamente acababan de dar un codillo al general, lo que hizo que no oyese este precioso diálogo. En este momento entró Rafael con el príncipe: le presentó a la condesa, la cual le recibió con su acostumbrada amabilidad, pero sin levantarse, según el uso español. El príncipe era alto, delgado; representaba cuarenta y cinco años, y, aunque príncipe, no de muy distinguida persona ni maneras. Con esto se hallaba ya reunida toda la tertulia y todos aguardaban con impaciencia a la cantatriz anunciada, no sin grandes dudas acerca de su mérito. El mayor Fly se contoneaba en su silla, cerca de las jóvenes, distribuyéndolas miradas tan homicidas como los botonazos de su florete. Sir John tenía fijo su lente en Rita, la cual no lo notaba. El barón, sentado cerca de un oidor viejo, le preguntaba si los moros blanqueaban sus casas con cal. —Carezco de datos para responderos—contestó el magistrado—. Es punto que no ha merecido llamar la atención de Zúñiga, Ponz, don Antonio Morales ni Rodrigo Caro. «¡Qué ignorante!», pensaba el barón. «¡Qué pregunta tan tonta!», pensaba el oidor. —Tenéis una prima lindísima—dijo el príncipe a Rafael. —Sí—respondió este—, es una

Ondina de agua de rosa, a quien si el amor no dio un alma, en cambio se la dio un ángel. —¿Y ese general que está jugando y que tiene un aspecto tan distinguido? —Es el Néstor retirado del Ejército. No tenéis en Pompeya una antigüedad mejor conservada. —¿Y la señora con quien juega? —Su hermana, la marquesa de Guadalcanal, una especie de Escorial; es un sólido compuesto de sentimientos monárquicos y monacales, con un corazón, panteón de reyes sin trono. En esto se oyó un gran ruido. Era el mayor, que al levantarse para ir a reunirse con Rafael, había echado a rodar una maceta. —El mayor—dijo Rafael—anuncia su llegada. Sin duda viene a suspirar como un órgano, por el poco caso que de él hacen las damas. —Serán delicadas de gusto—repuso el príncipe—, pues el mayor tiene una hermosa figura. —No digo que no—dijo Rafael—; es el más bello Sansón del mundo; pero, en primer lugar, tiene una Dalila que va a ser muy en breve legítima (gracias a los millones que ha ganado su padre con el té y con el opio). Ella le aguarda entre las nieblas de su isla, mientras que él se recrea bajo el hermoso cielo andaluz. Además, príncipe, los extranjeros que vienen a España, tienen la preocupación de contar entre los goces que se proponen disfrutar, esto es, el buen clima, los toros, las naranjas y el bolero, las conquistas amorosas; y muchas veces se llevan chasco. ¡Cuántas quejas he oído yo de los que entraron como Césares y salieron como Daríos! Entre tanto, el barón se había acercado a las mesas y veía jugar. —La señora—dijo, hablando con la marquesa—es la madre... —De mi hija, sí, señor—respondió la marquesa. Rita lanzó una de sus carcajadas repentinas. —Barón—dijo la condesa, cuyo sofá estaba cerca de la mesa del juego—, ¿sois aficionado a la música? —Sí, señora—respondió el barón—. La admiro y la venero; es decir, la música profunda, sabia, seria; la música filosófica, como la han entendido Haydn, Mozart y Beethoven. —¿Qué está diciendo?—preguntó el general a Rafael, que se había acercado para saludar a Rita—¡Música seria y sabia! ¡La filosofía del taralá! ¿Cómo pueden decirse tamaños desatinos delante de gentes sensatas? Yo creía que los franceses no gustaban más que de romances y de contradanzas. —¿Qué queréis, tío?—respondió Arias—. Los silfos de los jardines de Lutecia se han convertido en gnomos teutónicos de la Selva Negra. —No por eso son más amables—añadió la marquesa. Rafael, huyendo del mayor, se intercaló en los grupos que formaban los tertulianos. Llegó al de las jóvenes, algunas de las cuales eran sus parientas. Entre ellas tenía gran partido, pero viendo que no les hacía caso por atender a sus recomendados, se habían conjurado contra él y querían vengarse. Apenas se les acercó, cuando todas quedaron de repente graves y silenciosas. —¿Si me habré convertido yo, sin saberlo, en cabeza de Medusa?—dijo Arias. —¡Ah!, ¿eres tú?—dijo una de las conspiradoras. —Me parece que sí, Clarita—respondió Rafael. —Es que hace tanto tiempo que no te veo, que ya te desconocía. Me parece que estás avejentado. ¿Cómo has podido separarte de tus extranjeros? —¡Míos!—repuso Arias—, renuncio la propiedad, Y en cuanto a haber envejecido, cuando yo nací, Clarita, era ya el siglo mayor de edad; por consiguiente, ajusta la cuenta. —Serán los afanes y fatigas que te dan tus recomendados los que te han puesto viejo. —Hay quien dice—añadió otra muchacha—que los extranjeros están haciendo una suscripción para levantarte una estatua. —Y que la reina te va a crear Marqués de Itálica—dijo otra. —Y que están gastadas las losas del Alcázar con tus botas. —Y que el San Félix de Murillo te conoce de vista, y te da la bendición cuando te ve llegar con un nuevo admirador. —Señoritas—exclamó Rafael—, ¿es esta una declaración de guerra, una conspiración? ¿En qué quedamos? Entonces siguieron todas interpeleándole como un fuego graneado. —¡Jesús, Arias, oléis a carbón de piedra! Rafael, mira que cuando hablas, tienes deajo. Arias, se os ha pegado el desgavilo. Arias, te vas volviendo rubio. Rafael, cántale al barón: Cuando el rey de Francia toca el violín, dicen los franceses Uí, uí, Uí, Uí, uí. —Arias—dijo Polo—, parecéis un oso en medio de un enjambre de abejas. —La comparación—respondió Arias—no es muy poética, para ser de un discípulo de las nueve solteronas. Apolo recusará ser tocayo vuestro. Pero quedaos como la rosa entre estas abejas, prodigándoles los raudales de vuestra miel hiblea, mientras yo voy por un paraguas que me preserve del aguacero. En este momento, los tertulianos, que estaban reunidos junto a la puerta del patio, hicieron calle para dejar entrar a María, a quien el duque conducía por la mano; Stein los seguía.

Capítulo 21. María, dirigida en su tocador por los consejos de su patrona, se presentó malísimamente pergeñada. Un vestido de foulard demasiado corto, y matizado de los más extravagantes colores; un peinado sin gracia, adornado con cintas encarnadas muy tiesas; una mantilla de tul blanco y azulado guarnecida de encaje catalán, que la hacía parecer más morena: tal era el adorno de su persona, que necesariamente debía causar, y causó, mal efecto. La condesa dio algunos pasos para salir a su encuentro. Al pasar junto a Rafael, este le dijo al oído, aplicando las palabras de la fábula del cuervo de De la Fontaine: —Si el gorjeo es como la pluma, es el fénix de estas selvas. — ¡Cuánto tenemos que agradeceros—dijo la condesa a María—vuestra bondad en venir a satisfacer el deseo que teníamos de oíros! ¡El duque os ha celebrado tanto! María, sin responder una palabra, se dejó conducir por la condesa a un sillón colocado entre el piano y el sofá. Rita, para estar más cerca de ella, había dejado su puesto ordinario y colocóse junto a Eloísa. —¡Jesús!—dijo al ver a María—, si es más negra que una morcilla extremeña. —No parece—añadió Eloísa—sino que la ha vestido el mismísimo enemigo. Parece un Judas de Sábado Santo.

¿Qué os parece, Rafael? —Aquella arruga que tiene en el entrecejo—respondió Arias—le da todo el aspecto de un unicornio. Entre tanto, María no descubrió el menor síntoma de cortedad ni de encogimiento en presencia de una reunión tan numerosa y tan lucida; ni se desmintieron un solo instante su inalterable calma y aplomo. Con la ojeada investigadora y penetrante, con la comprensión viva y con el tino exacto de las españolas, diez minutos le bastaron para observar y juzgarlo todo. «Ya estoy—decía en sus adentros y dándose cuenta de sus observaciones—. La condesa es buena y desea que me luzca. Las jóvenes elegantes se burlan de mí y de mi compostura, que debe ser espantosa. Para los extranjeros, que me están echando el lente con desdén, soy una Doña Simplicia de aldea; para los viejos, soy cero. Los otros se quedan neutrales, tanto por consideración al duque que es mi patrón, y lo entiende, como para lanzarse después a la alabanza o la censura, según la opinión se pronuncie en pro o en contra.» Durante todo este tiempo, la buena y amable condesa, hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para ligar conversación con María; pero el laconismo de sus respuestas frustraba sus buenas intenciones. —¿Os gusta mucho Sevilla?—le preguntó la condesa. —Bastante—respondió María. —¿Y qué os parece la catedral? —Demasiado grande. —¿Y nuestros hermosos paseos? —Demasiado chicos. —Entonces, ¿qué es lo que más os ha gustado? —Los toros. Aquí se paró la conversación. Al cabo de diez minutos de silencio, la condesa le dijo: —¿Me permitís que ruegue a vuestro marido que se ponga al piano? —Cuando gustéis—respondió María. Stein se sentó al piano. María se puso en pie a su lado, habiéndola llevado por la mano el duque. —¿Tiemblas, María?—le preguntó Stein. —¿Y por qué he de temblar yo?—contestó María. Todos callaron. Observábanse diversas impresiones en las fisonomías de los concurrentes. En la mayor parte, la curiosidad y la sorpresa; en la condesa, un interés bondadoso; en las mesas de juego, o, como decía Rafael, en la cámara alta, la más completa indiferencia. El príncipe se sonreía con desdén. El mayor abría los ojos, como si pudiera oír por ellos. El barón cerraba los suyos. El coronel bostezaba. Sir John se aprovechó de aquel intervalo para quitarse el lente y frotarlo con el pañuelo. Rafael se escapó al jardín para echar un cigarro. Stein tocó sin floreos ni afectación el ritornelo de Casta Diva. Pero apenas se alzó la voz de María, pura, tranquila, suave y poderosa, cuando pareció que la vara de un conjurador había tocado a todos los concurrentes. En todos los rostros se pintó y se fijó una expresión de admiración y de sorpresa. El príncipe lanzó involuntariamente una exclamación. Cuando acabó de cantar, una borrasca de aplausos estalló unánimemente en toda la tertulia. La condesa dio el ejemplo, palmoteando con sus delicadas manos. —¡Válgame Dios!—exclamó el general, tapándose los oídos—. No parece sino que estamos en la plaza de toros. —Déjalos, León—dijo la marquesa—; déjalos que se diviertan. Peor fuera que estuvieran murmurando del prójimo. Stein hacía cortesías hacia todos lados. María volvió a su asiento, tan fría, tan impassible como de él se había levantado. Cantó después unas variaciones verdaderamente diabólicas, en que la melodía quedaba oscurecida en medio de una intrincada y difícil complicación de floreos, trinos y volatas. Las desempeñó con admirable facilidad, sin esfuerzo, sin violencia, y causando cada vez más admiración. —Condesa—dijo el duque—, el príncipe desea oír algunas canciones españolas, que le han celebrado mucho. María sobresale en este género. ¿Queréis proporcionarle una guitarra? —Con mucho gusto—respondió la condesa. Al punto fue satisfecho su deseo. Rafael se había colocado junto a Rita, habiendo instalado al mayor al lado de Eloísa. Esta procuraba persuadir al inglés de que las españolas se iban poniendo al nivel de las extranjeras, en cuanto a tierna afectación y artificio, porque ya se sabe que los que imitan servilmente, lo que copian siempre mejor son los defectos. —¡Qué ojos tiene!—decía Rafael a su prima—. ¡Qué bien guarnecidos de grandes y negras pestañas! Tienen el color y el atractivo del imán. —Tú sí que eres un imán para los extranjeros—respondió Rita—. ¿Por qué has colocado al mayor cerca de Eloísa? Escucha las simplezas que le está diciendo. Te advierto, primo, que vas adquiriendo la facha y el garbo de un Diccionario. —¡Dale y más dale!—exclamó Rafael, descargando un golpe a puño cerrado en el brazo del sillón—. No se trata de eso, Rita; se trata del amor que te tengo y que durará eternamente. Ningún hombre ama en toda su vida más que a una mujer, en efectivo. Las otras se aman en papel. —Ya lo sé—dijo Rita—. Bastantes veces me lo ha repetido Luís. Pero ¿sabes lo que digo? Que te vas volviendo un cansadísimo reloj de repetición. —¿Qué significa esto?—gritó Eloísa, viendo que traían la guitarra. —Parece que vamos a tener canciones españolas—dijo Rita—, y me alegro infinito. Esas sí que animan y divierten. —¡Canciones españolas!—clamó Eloísa, indignada—. ¡Qué horror! Eso es bueno para el pueblo; no para una sociedad de buen tono. ¿En qué está pensando Gracia? Ved por qué los extranjeros dicen con tanta razón que estamos atrasados: porque no queremos amoldar nuestros modales y nuestras aficiones a las suyas; porque nos hemos empestillado en comer a las tres y no queremos persuadirnos, que todo lo español es ganso a nativitate. —Pero—dijo el mayor en mal español—, creo que hacen muy bien, indeed, en ser lo que son. —Si es esto un cumplimento—respondió enfáticamente Eloísa—, es tan exagerado que más bien parece burla. —Ese señor italiano—dijo Rita—es el que ha pedido canciones españolas. Es aficionado y lo entiende; conque es prueba de que merecen ser oídas. —Eloísa—añadió Rafael—, las barcarolas, las tirolesas, el ranz des vaches, son canciones populares de otros países. ¿Por qué

no han de tener nuestras boleras y otras tonadas del país el privilegio de entrar en la sociedad de la gente decente? — Porque son más vulgares—contestó Eloísa. Rafael se encogió de hombros; Rita soltó una de sus carcajadas; el mayor se quedó en ayunas. Eloísa se levantó, pretextó una jaqueca y se salió acompañada de su madre, a quien iba diciendo: —Sébase a lo menos que hay señoritas en España bastante finas y delicadas para huir de semejantes chocarrerías. —¿Qué desgraciado será el Abelardo de esa Eloísa!—dijo Rafael al verla salir. María, además de su hermosa voz y de su excelente método, tenía, como hija del pueblo, la ciencia infusa de los cantos andaluces, y aquella gracia que no puede comprender y de que no puede gozar un extranjero, sino después de una larga residencia en España y sólo identificándose, por decirlo así, con la índole nacional. En esta música, así como en los bailes, hay una abundancia de inspiración, un atractivo tan poderoso, tal serie de sorpresas, quejas, estallidos de gozo, desfallecimientos, muestras de despego y atracción; una cierta cosa que se entiende y no se explica; y todo esto tan determinado, tan arreglado al compás, tan arrullado, si es lícito decirlo así, por la voz en el canto y por los movimientos en el baile; la exaltación y la languidez se suceden tan rápidamente, que suspenden, embriagan y cautivan al auditorio. Así es que, cuando María tomó la guitarra y se puso a cantar: Si me pierdo, que me busquen al lado del Mediodía, Donde nacen las morenas, y donde la sal se cría, la admiración se convirtió en entusiasmo. La gente joven llevaba el compás con palmadas, repitiendo bien, bien, como para animar a la cantaora. Los naipes se cayeron de las manos de los formales jugadores; el mayor quiso imitar el ejemplo general, y se puso también a palmotear sin ton ni son. Sir John afirmó que aquello era mejor que el God save the Queen. Pero el gran triunfo de la música nacional fue que el entrecejo del general se desarrugó. —¿Te acuerdas, hermano—le preguntó la marquesa sonriéndose—, cuando cantábamos el zorongo y el trípoli? —¿Qué cosas son zorongo y trípoli?—preguntó el barón a Rafael. —Son—respondió—los progenitores del sereni, de la cachucha, y abuelos de la jaca de terciopelo, del vito y de otras canciones del día. Esas peculiaridades del canto y del baile nacional de que hemos hablado, podrían parecer de mal gusto y lo serían ciertamente en otros países. Para entregarse sin reserva a las impresiones que llevan consigo nuestras tonadas y nuestros bailes, es preciso un carácter como el nuestro; es preciso que la grosería y la vulgaridad sean, como lo son en este país, dos cosas desconocidas; dos cosas que no existen. Un español puede ser insolente; pero rara vez grosero, porque es contra su natural. Vive siempre a sus anchas, siguiendo su inspiración, que suele ser acertada y fina. He aquí lo que da al español, aunque su educación se haya descuidado, esa naturalidad fina, esa elegante franqueza que hace tan agradable su trato. María salió de casa de la condesa tan pálida e impasible como en ella había entrado. Cuando la condesa quedó sola con los suyos, dijo con aire de triunfo a Rafael: —Y ahora, ¿qué dices, mi querido primo? —Digo—contestó Rafael—que el gorjeo es mejor que la pluma. —¿Qué ojos!—exclamó la condesa. —Parecen—dijo Rafael—dos brillantes negros en un estuche de cuero de Rusia. —Es grave—dijo la condesa—; pero no engreída. —Y tímida—siguió Rafael—, como una manola de Lavapies. —Pero ¡qué voz!—añadió la condesa—. ¡Qué divina voz! —Será preciso—dijo Rafael—grabar en su tumba el epitafio que los portugueses hicieron para su célebre cantor Madureira. Aquí yaz o senhor de Madureira, o melhor cantor do mundo: que morreu porque Deus quiseira, que si non quiseira naon morreira; e por que lo necesitó nasua capella, djole Deus: canta. ¡Cantou cosa bella! Dijo Deus a os anjos: id vos a pradeira, Que melhor canta o senhor de Madureira. —Rafael—dijo la condesa—, mofador eterno, ¿quién se escapa de tus tijeras? Voy a mandar hacer tu retrato en figura de pájaro burlón, como se ha hecho el de Paul de Kock en forma de gallo. —De esa suerte—repuso Rafael al irse—haré una Arpía masculina, lo cual tendrá la ventaja de que se pueda propagar la casta. Capítulo 22. Había pasado el verano y era llegado septiembre; los días conservaban aún el calor del verano, pero las noches eran ya largas y frescas. Serían las nueve y aún no había en la tertulia de la condesa sino las personas más allegadas y de mayor confianza, cuando entró Eloísa. —Toma asiento en el sofá, a mi lado—le dijo la dueña de la casa. —Te lo agradezco, Gracia; pero vuestros sofás de aquí, son muebles rellenos de estopas o crin: son de lo más duro e inconfortable que darse puede. —Así son más frescos, hija mía—dijo Rita, a cuyo lado se había sentado Eloísa en una estudiada postura. —¿Sabéis lo que se dice?—dijo a esta última el poeta Polo, jugando con su guante amarillo y extendiendo la pierna para lucir un lindo calzado de charol—. Se dice que nombran a Arias mayor de la plaza; pero lo creo un solemne puff. —Cosas de lugarón, de poblachón, de villorro como es este—repuso remilgadamente Eloísa—. Rafael merece mejor. Es un hombre muy espiritual, un joven muy Fashionable y un bravo militar. —¿Qué estáis diciendo, señorita?—preguntó el general, que absorto escuchaba la conversación de los dos jóvenes de buen tono. —Digo, señor, que vuestro sobrino es un bravo oficial. —¿Y qué queréis decir con eso? —Señor, lo que dice su hoja de servicio y repiten todos los que lo conocen; que se ha distinguido en la guerra como un hombre de honor. —Pues... si lo habéis querido decir, ¿por qué no lo habéis dicho?, según la célebre expresión de don Juan Nicasio Gallego, el cual, así como el duque de Rivas, Quintana, Bretón, Martínez de la Rosa, Hartzenbusch y otros muchos, han cometido la pifia de ser hombres eminentes y poetas de primer rango sin dejar de ser españoles en la forma ni en

la esencia. ¿Habéis por ventura querido decir valiente? —Pues es claro, general, ¿acaso no lo he dicho? —No, señorita—dijo impaciente el general—, lo que habéis dicho es bravo, epíteto que sólo he oído aplicar a los toros montaraces y a los indios salvajes para ponderar su brutal fiera. No usáis a fe mía, tal palabra, por falta de voces adecuadas al caso, pues además de valiente, tenéis puestas en uso otras muchas, como son: bizarro, valeroso, denodado. —Jesús, señor, esas son voces anticuadas, muy vulgares y muy gansas; es preciso admitir las que introduce la elegancia y el buen tono, pésele al Diccionario y a sus ramplones compiladores y secuaces. —¡Hay paciencia para esto!—exclamó el general tirando los naipes. —¿Qué es lo que exalta de esta suerte la bilis de nuestro tío?—preguntó Rafael, que había entrado, a su prima Rita. —La noticia que corre. —¿Qué noticia? —Que te nombran mayor de plaza y lo ha tomado por una ironía. —Tiene razón; yo no puedo aspirar a más dictado que al más chico de la plaza. Pero traigo una noticia que puede aspirar con razón a la primera categoría. —¿Una noticia? Una noticia es un patrimonio de todos. Así, suéltala pronto. —Pues han de saber ustedes—dijo Rafael levantando la voz—que la Grisi de Villamar está ajustada para salir a las tablas a lucir su voz. —¡Oh!, ¡qué felicidad!—exclamó Eloísa—, el que algún evento notable saque a esta monótona Sevilla del carril rutinario en que vegeta desde que San Fernando la fundó. —La conquistó—le dijo por lo bajo su simpático amigo Polo. Pero Eloísa, sin atenderle, prosiguió: —¿En qué ópera hará su debut? —¿Pues qué, se ha ajustado para salir a las tablas de Bu?—preguntó la marquesa. —Sí, tía—respondió Rafael—, y Stein de canción es una pieza compuesta expresamente para ambos. —¡Tales cosas!—exclamó la buena señora. —Madre, ¿no echáis de ver que Rafael se está chanceando, según su loable e inveterada costumbre?—dijo la condesa. —Desde que se ha dado La pata de cabra, ningún título de piezas teatrales me sorprende—repuso la marquesa; y desde que se han representado la Lucrecia, Ángela, Antony y Carlos el Hechizado, no hay argumento que se me haga increíble. —Como el teatro es la escuela de las costumbres—dijo con ironía el general—, lo ponen al nivel de las que quieren introducir. —¿Qué bien opinan los franceses, cuando dicen que pasados los Pirineos empieza el África!—decía entre tanto a media voz Eloísa a Polo. —Desde que ellos ocupan parte del litoral—repuso este—ya no lo dicen; sería hacernos demasiado favor. Eloísa sofocó una carcajada en su diminuto pañuelo guarnecido de encaje. —Aquellos están conspirando—dijo Rita a Rafael—. Polo tiene una máquina infernal entre sus gafas y sus ojos, y Eloísa esconde en el pañuelo que lleva a la boca, una asonada en escabeche de almizcle contra la pícara estacionaria España. —¡Ca!, no son conspiradores—repuso Rafael. —¿Pues qué son, máquina infernal de contradicción? —Son...; yo te lo diré para que los juzgues en toda su altura. —Acaba, pesado. —Son—dijo solemnemente Rafael—regeneradores incomprensibles. Algunas noches después de esta escena, las vastas galerías de la casa de la condesa estaban desiertas. No se veían allí más figuras que las del antiguo testamento, como Arias llamaba a los jugadores de tresillo. —¡Cómo tardan!—dijo la marquesa—. Las once y media y todavía no parecen. —El tiempo—dijo su hermano—no parece largo a los filarmónicos, cuando están en la ópera pasmándose de gusto como unos panarras. —¿Quién había de pensar—continuó la marquesa que esa mujer tendría los estudios y el valor necesarios para salir tan pronto a las tablas? —En cuanto a los estudios—dijo el general—, una vez que se sabe cantar no se necesita tantos como tú crees. En cuanto al valor, no quisiera más que un regimiento de granaderos por ese estilo, para asaltar a Numancia o Zaragoza. —Contaré a ustedes lo que ha pasado—dijo entonces uno de los concurrentes—. Cuando llegó, hace tres meses, esta compañía italiana, nuestra prima donna futura tomó por temporada uno de los palcos más próximos al tablado. No faltó a una sola representación y aun logró asistir a los ensayos. El duque consiguió de la primera cantatriz que la diese algunas lecciones, y después, del empresario, que la ajustase en su compañía. Pero el ajuste a que se prestó el empresario, fue en calidad de segunda; propuesta que fue arrogantemente desechada por ella. Por una de aquellas casualidades que favorecen siempre a los osados, la prima donna cayó peligrosamente enferma y la protegida del duque se ofreció a reemplazarla. Veremos qué tal sale de este empeño. En este momento, la condesa, animada y brillante como la luz, entró en la sala acompañada de algunos tertulianos. —Madre, ¡qué noche hemos tenido!—exclamó—. ¡Qué triunfo!, ¡qué cosa tan bella y tan magnífica! —¿Me querrás decir, sobrina, la importancia que tiene, ni el efecto que puede causar, el que una gazzápira cualquiera, que tiene buena garganta, cante bien en las tablas, para que pueda inspirarte un entusiasmo y una exaltación, como te la podrían causar un hecho heroico o una acción sublime? —Considerad, tío—contestó la condesa—, ¡qué triunfo para nosotros, qué gloria para Sevilla, el ser la cuna de una artista que va a llenar el mundo con su fama! —¿Como el marqués de la Romana?—replicó el general—, como Wellington o como Napoleón? ¿No es verdad, sobrina? —¡Pues qué, señor!—contestó la condesa—¿No tiene la fama más que una trompeta guerrera? ¡Qué divinamente ha cantado esa mujer sin igual! ¡Con qué desenvoltura de buen gusto se ha presentado en la escena! Es un prodigio. Y luego, ¡cómo se comunican de uno en otro el entusiasmo y la exaltación! Yo, además, estaba muy contenta, viendo al duque tan satisfecho, a Stein tan conmovido... —El duque—dijo el general—debería satisfacerse con cosas de otro jaez. —General—dijo el tertuliano, que había hablado antes—, son

flaquezas humanas. El duque es joven... —¡Ah!—exclamó la condesa—. No hay cosa más infame que sospechar o hacer que se sospeche el mal donde no existe. El mundo lo marchita todo con su pestífero aliento. ¿No saben todos que el duque, no satisfecho con practicar las artes, protege a los artistas, a los sabios y todo lo que puede influir en los adelantos de la inteligencia? ¿Además no es ella mujer de un hombre a quien el duque debe tanto? —Sobrina—repuso el general—, todo eso es muy santo y muy bueno; pero no alcanza a justificar apariencias sospechosas. En este mundo, no basta estar exento de censura; es preciso, además, parecerlo. Por lo mismo que eres joven y bonita, harías bien en no declararte defensora de ciertas causas. —Yo no tengo la ambición de que se me crea perfecta—dijo la condesa—erigiendo en mi casa un tribunal de justicia; lo que sí quiero es que se me tenga por leal y sólida amiga, cuando hago respetar y defiendo a los que me dan ese título. Rafael Arias entró en aquel instante. —Vamos, Rafael—dijo la condesa—, ¿qué dirás ahora?, ¿te burlarás de esa encantadora mujer? —Prima, para darte gusto, voy a reventar de entusiasmo por imitar al público, como hizo la rana, queriendo alcanzar el tamaño del buey. Acabo de ser testigo de la ovación imperial que se ha hecho a esa octava maravilla. —Cuéntanos eso—dijo la condesa—. Cuéntanoslo. —Cuando bajó el telón, hubo un momento en que se me figuró que íbamos a tener una segunda edición de la torre de Babel. »Diez veces fue llamada a las tablas la Diva Donna, y lo hubiese sido veinte, a no haberse puesto los insolentes reverberos, causados por la prolongación de sus servicios, a echar pestes y suprimir luz. »Los amigos del duque se empeñaron en que los llevase a dar la enhorabuena a la heroína. Todos nos echamos a sus pies con el rostro en tierra. —¡Tú también, Rafael!—dijo el general—; yo te creía más sensato bajo esas apariencias de tarambana. —Si no hubiera ido adonde iban los otros, no tendría ahora la satisfacción de referiros el modo con que nos recibió esta reina de las Molucas, emperatriz del Bemol. En primer lugar, todas sus respuestas se hicieron en una especie de escala cromática, de su uso, que consta de los siguientes semitonos: primeramente la calma, o llámese indiferencia; después, la frescura; en seguida, la frialdad, y por último, el desdén. Yo fui el primero en tributarle homenaje. Le enseñé mis manos, desolladas a fuerza de aplaudir, asegurándole que el sacrificio de mi pellejo era un débil homenaje a su sobrenatural habilidad, comparable tan sólo con la del señor de Madureira. Su respuesta fue una gravadosa inclinación de cabeza, digna de la diosa Juno. El barón le suplicó por todos los santos del cielo que fuese a París, único teatro capaz de aplaudirla dignamente, en vista de que los bravos franceses resuenan en todos los ámbitos del universo, llevados por su bandera tricolor. A esto respondió con la mayor frescura: «Ya veis que no necesito ir a París para que me aplaudan; y aplausos por aplausos, más quiero los de mi tierra que los de los franceses.» —¿Eso dijo?—preguntó el general—, ¿quién habría pensado que esa mujer dijese una cosa tan racional? —El mayor moscón—continuó Rafael—, con su indefectible desmaña, le dijo que todas cuantas cantantes había oído, sólo la Grisi lo hacía mejor que ella. A lo cual respondió con frialdad: «pues una vez que la Grisi canta mejor que yo, hacéis mal en oírme a mí en lugar de oírla a ella». En seguida llegó sir John dando la mano y pisando a todo el mundo. Le dijo que su voz era un wonder (una maravilla), y que si se la quería vender, estaba muy pronto a pagarle cincuenta mil libras. Ella respondió con desdén que aquello no se vendía. Pero, a todo esto, prima, ¿qué dices del misterio con que han procedido en este asunto? —¿De qué misterio se trata?—preguntó el barón, que había llegado durante esta conversación. —De esa brillante salida a las tablas—respondió Arias—que ha venido a reventar de pronto, como una bomba, cuando menos se pensaba. Ahora, ahora voy cayendo en ciertas cosas...: las entrevistas del duque con el empresario, la constancia con que esa Norma en ciernes asistía a las representaciones..., ya se van despertando mis quién vives. —¡Despertar los quién vives!—dijo el barón—; ¿Qué expresión tan singular! —Es una metáfora muy común—repuso Rafael. —No lo sabía—continuó el barón—; ni la entiendo. ¿Queréis tener la bondad de explicármela, señor Arias? Rafael miró al soslayo a su prima, alzó los ojos al cielo, como si fuera a hacer un sacrificio, y dijo: —Cuando ocurre un accidente sin percibirlo, es porque la atención lo ha dejado pasar sin darle el quién vive, es decir, sin averiguar de dónde viene ni adónde va. Si después otro accidente, que tiene relación con el primero, nos obliga a pensar en el anterior, se dice que despertamos un quién vives; es decir, se despierta la atención que estaba en el primer caso, ociosa o adormecida. De este modo tenemos en español muchas palabras sueltas, que explican tanto como una larga frase. Una palabra basta para encerrar un lato sentido. Es cierto que para ello se necesita tanto de la inventiva como de la comprensión. En las gentes del campo, corre una expresión que demuestra esto: suelen decir de un hombre inteligente y vivo, «ese es de los de ya está acá». Tiene esta expresión su origen en que cuando en el campo, a distancia, tiene el capataz que dar alguna orden, o hacer algún encargo a alguno de los trabajadores, al darles voces contesta el llamado: ya está acá, desde luego que se ha hecho cargo de lo que se le manda. Pero al dicho que ha llamado vuestra atención (en vista de que no todos son de los que designa el pueblo con el epíteto de los de ya está acá) se le da la siguiente etimología. Un español que estaba en San Petersburgo, paseándose una hermosa mañana de primavera con un ruso amigo suyo, quedó atónito, oyendo en el aire un sonido bastante agradable. Este sonido, que se oía unas veces próximo, otras lejano, cuándo a la derecha, cuándo a la

izquierda, no era más que una repetición en diversos tonos de la palabra *quién vive*. El español creía que eran pájaros; pero levantó la cabeza y no vio nada. ¿Era un canto? ¿Era un eco? No, porque no salía de un punto determinado, sino que se oía en todas partes. Entonces creyó que su amigo era ventrílocuo y le miró con atención. El ruso se echó a reír. «Ya veo—le dijo—que no sabéis de dónde provienen estas voces que aquí se dejan oír todos los años por este tiempo. Son los *quién vives* que dan los soldados de la guarnición, durante el invierno. Con el frío se hielan y con los primeros calores se deshuelan y resuenan por el aire de la primavera que nos vivifica.»—No está mal discurrido—dijo el barón, con distracción.—Favor que le hacéis—contestó Rafael, haciendo una cortesía irónica.—¡Ah! Aquí tenemos a la señorita Ritita—dijo el barón, viéndola entrar, después de haberse quitado la mantilla—. Me parece, señorita, que he tenido la honra de veros esta mañana en la calle de Catalanes.—Yo no os vi—contestó Rita.—Esa es una desgracia—dijo Rafael a Rita—que no sucederá al mayor moscón, ni a la Giralda, a quien él quiere hacer coronela de su Regimiento de Life Guards (Guardias de la Reina).—Os vi—continuó el barón—cerca de una cruz grande que está pegada a la pared. Pregunté...—Me hago cargo—dijo en voz baja Rafael Arias.—Y me respondieron que se llama la Cruz del Negro. ¿Podéis decirme, señorita, por qué se le ha dado un nombre tan extraño?—No lo sé—contestó Rita—. Quizá será porque habrán crucificado en ella a algún negro.—Sin duda así es—dijo el barón—; sería en tiempo de la Inquisición.—Y murmuró en voz baja: «¡Qué país!, ¡qué religión!»—.

Pero ¿podréis decirme—añadió con aquella insoportable ironía, con aquella insolencia de que hacen uso los incrédulos, con los que creen y están de buena fe—, podréis decirme por qué está colgado del techo un cocodrilo, en aquel corredor de la catedral, cerca del patio de los Naranjos, entrando por la puerta a la derecha de la Giralda? ¿Sirve también la catedral de museo de historia natural?—¿Aquel gran lagarto?—dijo Rita—. Está allí porque lo cogieron sobre la bóveda del techo de la iglesia.—¡Ah!—exclamó el barón, riéndose—. Todo es gigantesco en esta catedral; ¡hasta los lagartos!—Esa es una vulgaridad propagada en el pueblo—dijo la condesa, mientras que Rita, sin oír las palabras del barón, había ido a ocupar su acostumbrado asiento—. Ese cocodrilo fue presentado al rey don Alfonso el Sabio, por la famosa embajada que le envió el soldán de Egipto. También están colgados de la misma bóveda un colmillo de elefante, un freno y una vara; y estos objetos, juntamente con el lagarto, representan las cuatro virtudes cardinales. El lagarto es símbolo de la prudencia; la vara, de la justicia; el colmillo del elefante, de la fortaleza; y el freno, de la templanza. Así pues, hace seiscientos años que estos símbolos están a la entrada de aquel grande y noble edificio, como una inscripción que el pueblo comprende, sin saber leer. El barón sentía mucho no poder adoptar la versión de Rita. La cruel condesa le había privado de un precioso artículo satírico, crítico, humorista, burlesco. ¿Quién sabe si el cocodrilo no habría hecho el papel de un Espíritu Santo, de nueva invención, en el chistoso relato de ese francés, que tenía la ventaja nacional de haber nacido malin (satírico)? Entre tanto la marquesa dijo a Rita:—¿Por qué has ido a decirle esa tontería del negro crucificado? ¿No habría sido mejor contarle la verdad?—Pero tía—contestó la joven—, yo no sé por qué esa cruz se llama del Negro; además, ya me tenía seca tanta conversación.—Entonces—prosiguió la tía—deberías haberle dicho que lo ignorabas; y no inducirle en un error tan craso. Estoy segura de que insertará ese disparatón cuando escriba su Viaje a España.—¿Y qué importa?—dijo Rita.—Importa, sobrina—repuso la marquesa—; porque no me gusta que hablen mal de mi patria.—¡Sí—dijo el general con acritud—, anda a atajar el río cuando se sale de madre! Pero ¿qué extraño es que digan mal del país los extranjeros, si nosotros somos los primeros en denigrarnos? Sin tener presente el refrán de que «ruin es, quien por ruin se tiene».—Has de saber, Rita—prosiguió la marquesa—, para que de ahora en adelante no des lugar a semejantes errores, que el nombre de esa cruz viene de un negro devoto y piadoso, que en el séptimo siglo, viendo que se atacaba el misterio de la Pura Concepción de la Virgen, se vendió a sí mismo en el sitio en que se hallaba esa cruz, para costear con el dinero de su venta una solemne función de desagravio a la Virgen, por las ofensas que se le hacían. Algo se diferencia este rasgo piadoso y fervoroso de abnegación, de la necedad que has hecho creer al barón.—Bien puedes también, hermana—dijo el general—, regañar al loco de Rafael, por haber respondido a ese Monsieur le Baron, a una pregunta por el mismo estilo, acerca de la Cruz de los Ladrones, junto a la Cartuja, que se llamaba así porque a ella iban a rezar los ladrones, para que Dios favoreciese sus empresas.—¿Y el barón se lo ha creído?—preguntó la marquesa.—Tan de fijo, como yo creo que no es barón—repuso el general.—Es una picardía—continuó la marquesa, irritada—dar lugar nosotros mismos a que se crean y repitan tales desatinos. La cruz fue erigida en aquel sitio por un milagro que hizo allí Nuestro Señor; porque en aquellos tiempos, como había fe, había milagros. Unos ladrones habían penetrado en la Cartuja y robado los tesoros de la iglesia. Huyeron espantados, corrieron toda la noche y a la mañana siguiente se encontraron a corta distancia del convento. Entonces viendo claramente el dedo del Señor, se convirtieron; y en memoria de este milagro, erigieron esa cruz, a la que el pueblo ha conservado su nombre. Voy a decirle cuatro palabras bien dichas a ese calavera.—Rafael, Rafael. Entre tanto su prima Gracia, sentada en el sofá, le decía:—Estoy en mis glorias. ¡Qué buenos ratos vamos a pasar!—No durarán

mucho, condesa—dijo el coronel—. Corren voces de que el duque quiere llevarse a Madrid a la nueva Malibrán. — Y a todo esto—dijo la condesa—, ¿qué nombre de guerra ha tomado? Supongo que no será el de Marisalada; que muy bonito, y con algo de cariñoso, no es bastante grave para una artista de primer orden. —Quizá continuará bajo el apodo de Gaviota—dijo Rafael—. Un criado del duque ha dicho al mío, que así era como la llamaban en su lugar. —Puede que adopte el nombre de su marido—observó el coronel. —¡Qué horror!—exclamó la condesa—; necesita un nombre sonoro. —Pues bien, que tome el de su padre: Santaló. —No, señor—dijo la condesa—. Es preciso que acabe en “í” para que le dé prestigio; mientras más íes, mejor. —En ese caso—dijo Rafael—, que se nombre Misisipí. —Consultaremos a Polo—dijo la condesa—. Y a propósito, ¿dónde se ha escabullido nuestro poeta? —Apuesto cualquier cosa—dijo Rafael—a que a la hora esta se ocupa en confiar al papel las inspiraciones armónicas que ha hecho brotar en su alma la divinidad del día. Mañana sin falta leeremos en El Sevillano una de esas composiciones que, según mi tío, si no es fácil que le lleven al Parnaso, le precipitarán indefectiblemente en el Leteo. En ese instante fue cuando la marquesa llamó a Rafael. —Seguro estoy—dijo este a su prima—de que mi tía me hace la honra de llamarme para tener la satisfacción de echarme una peluca. Ya veo despuntar un sermón entre sus labios apretados, una filípica en su nebuloso entrecejo y una reprimenda de a folio, a caballo sobre su amenazante nariz. Pero... ¡qué feliz ocurrencia! Voy a armarme de un broquel. Diciendo estas palabras, Rafael se levantó, se acercó al barón, a quien el oidor ofrecía a la sazón un polvo de rapé, le dio el brazo y en su compañía se acercó a la mesa del juego. La marquesa se guardó la regañadura para mejor ocasión. Rita se tapaba la cara con el pañuelo para comprimir la risa. El general golpeaba el suelo con el tacón de las botas, que en él era señal indefectible de impaciencia. —¿Está incomodado el general?—preguntó el barón. —Padece ese movimiento nervioso—respondió a media voz Rafael. —¡Qué desgracia!—exclamó el barón—, eso es un tic douloureux. ¿Y de qué le ha provenido? ¿Algún tendón dañado en la guerra quizá? —No—contestó Rafael. Ha sido efecto de una fuerte impresión moral. —Debió ser terrible—observó el barón—. ¿Y qué se la causó? —Una palabra de vuestro rey Luís XIV. —¿Qué palabra?—insistió el barón espantado. —El célebre dicho—contestó Rafael—«ya no hay Pirineos». Con tanto como se hablaba en las tertulias acerca de la nueva cantatriz, se ignoraba un hecho significativo, que había ocurrido aquella misma noche. Pepe Vera no había cesado de seguir los pasos de María; y como era favorito del público, le había sido fácil penetrar en lo interior del templo de las Musas, no obstante la enemistad que estas han jurado a las corridas de toros. María salía a la escena, al ruido de los aplausos, cuando se dio de manos a boca en el vestuario con Pepe Vera y algunos otros jóvenes. —¡Bendita sea!—dijo el célebre torero, tirando al suelo y extendiendo la capa, para que sirviese de alfombra a María—; ¡bendita sea esa garganta de cristal, capaz de hacer morir de envidia a todos los ruiseñores del mes de mayo! —Y esos ojos—añadió otro—que hieren a más cristianos que todos los puñales de Albacete. María pasó tan impávida y desdeñosa como siempre. —¡Ni siquiera nos mira!—dijo Pepe Vera—. Oiga usted, prenda. Un rey es y mira a un gato. Y cuidado, caballeros, que es buena moza; a pesar de que... —¿A pesar de qué?—dijo uno de sus compañeros. —A pesar de ser tuerta—dijo Pepe. Al oír estas palabras, María no pudo contener un movimiento involuntario y fijó en el grupo sus grandes ojos atónitos. Los jóvenes se echaron a reír y Pepe Vera le envió un beso en la punta de los dedos. María comprendió inmediatamente que aquella expresión no había sido dicha sino para hacerle volver la cara. No pudo menos de sonreírse y se alejó dejando caer el pañuelo. Pepe lo recogió apresuradamente y se acercó a ella, como para devolvérselo. —Os lo entregaré esta noche en la reja de vuestra ventana—le dijo en voz baja y con precipitación. Al dar las doce salió María de su cama con pasos cautelosos, después de asegurarse de que su marido yacía en profundo sueño. Stein dormía, en efecto, con la sonrisa en los labios, embriagado con el incienso que había recibido aquella noche María, su esposa, su alumna, la amada de su corazón. Entre tanto un bulto negro se apoyaba en una de las rejas del piso bajo de la casa que habitaba María y que daba a una de las angostas callejuelas tan comunes en aquella ciudad. No era posible distinguir las facciones de aquel individuo, porque una mano oficiosa había apagado de antemano los faroles que alumbraban la calle. Capítulo 23. Era ya Sevilla teatro demasiado estrecho para las miras ambiciosas y para la sed de aplausos que devoraban el corazón de María. El duque, además, obligado a restituirse a la capital, deseaba presentar en ella aquel portento, cuya fama le había precedido. Pepe Vera, por otra parte, ajustado para lidiar en la plaza de Madrid, exigió de María que hiciese el viaje. Así sucedió, en efecto. El triunfo que obtuvo María al estrenarse en aquella nueva liza, sobrepujó al que había logrado en Sevilla. No parecía sino que se habían renovado los días de Orfeo y de Anfión y las maravillas de la lira de los tiempos mitológicos. Stein estaba confuso. El duque, embriagado. Pepe Vera dijo un día a la cantaora: «¡Caramba, María, te palmotean que ni que hubieses matado un toro de siete años!» María estaba rodeada de una corte numerosa. Formaban parte de ella todos los extranjeros distinguidos que se hallaban a la sazón en la capital, y entre ellos había algunos notables por su mérito, otros por su categoría. ¿Qué motivos los impulsaba? Unos iban por darse tono, según la locución moderna. ¿Y qué es tono? Es una imitación servil de lo que otros hacen.

Otros eran movidos por la misma especie de curiosidad que incita al niño a examinar los secretos resortes del juguete que le divierte. María no tuvo que hacer el menor esfuerzo para sentirse muy a sus anchas en medio de aquel gran círculo. No había cambiado en lo más pequeño su índole fría y altanera; pero había más elegancia en su talante y mejor gusto en su modo de vestir; adquisiciones maquinales y exteriores, que a los ojos de ciertas gentes, pueden suplir la falta de inteligencia, de tacto y de buenos modales. Por la noche, en las tablas, cuando el reflejo de las luces blanqueaba su palidez y aumentaba el realce de sus ojos grandes y negros, parecía realmente hermosa. El duque estaba de tal modo fascinado por aquella mujer, en cuyos triunfos le tocaba alguna parte, pues cumplían sus pronósticos, y tal era el entusiasmo que su canto le inspiraba, que no tuvo inconveniente en pedirle que diese lecciones de música a su hija, no obstante que recordaba el pronóstico de su amable amiga de Sevilla y estremecía al reflexionar sobre el aplazamiento que le había dirigido la condesa. Entonces hacía propósito de respetar a la mujer inocente que él mismo había introducido en la escena resbaladiza y brillante que pisaba. Digamos ahora algunas palabras de la duquesa: Era esta señora virtuosa y bella. Aunque había entrado en los treinta años, la frescura de su tez y la expresión de candor de su semblante le daban un aspecto más joven. Pertenecía a una familia tan ilustre como la de su marido, con la cual estaba estrechamente emparentada. Leonor y Carlos se habían querido casi desde su infancia, con aquel afecto verdaderamente español, profundo y constante, que ni se cansa ni se enfría. Se habían casado muy jóvenes. A los dieciocho años, Leonor dio una niña a su marido, el cual tenía veintidós a la sazón. La familia de la duquesa, como algunas de la grandeza, era sumamente devota; y en este espíritu había sido educada Leonor. Su reserva y su austeridad la alejaban de los placeres y ruidos del mundo, a los cuales, por otra parte, no tenía la menor inclinación. Leía poco y jamás tomó en sus manos una novela. Ignoraba enteramente los efectos dramáticos de las grandes pasiones. No había aprendido ni en los libros ni en el teatro, el gran interés que se ha dado al adulterio, que por consiguiente no era a sus ojos sino una abominación, como lo era el asesinato. Jamás habría llegado a creer, si se lo hubiesen dicho, que estaba levantado en el mundo un estandarte, bajo el cual se proclamaba la emancipación de la mujer. Más es; aun creyéndolo, jamás lo hubiera comprendido; como no lo comprenden muchos, que ni viven tan retiradas, ni son tan estrictas como lo era la duquesa. Si se le hubiera dicho que había apologistas del divorcio, y hasta detractores de la santa institución del matrimonio, habría creído estar soñando, o que se acercaba el fin del mundo. Hija afectuosa y sumisa, amiga generosa y segura, madre tierna y abnegada, esposa exclusivamente consagrada a su marido, la duquesa de Almansa era el tipo de la mujer que Dios ama, que la poesía dibuja en sus cantos, que la sociedad venera y admira, y en cuyo lugar se quieren hoy ensalzar esas amenazas, que han perdido el bello y suave instinto femenino. El duque pudo entregarse largo tiempo al atractivo que María ejercía en él, sin que la más pequeña nube empañase la paz sosegada, y, como el cielo, pura, del corazón de su mujer. Sin embargo, el duque, hasta entonces tan afectuoso, la descuidaba cada día más. La duquesa lloraba; pero callaba. Después llegó a sus oídos que aquella cantatriz que alborotaba a todo Madrid, era protegida de su marido; que este pasaba la vida en casa de aquella mujer. La duquesa lloró; pero dudando todavía. Después el duque llevó a Stein a su casa, para dar lecciones a su hijo, y luego quiso, como hemos dicho, que María las diese a su hija, preciosa criatura de once años de edad. Leonor se opuso con vigor a esto último, alegando no poder permitir que una mujer de teatro tuviese el menor punto de contacto con aquella inocente. El duque, acostumbrado a las fáciles condescendencias de su mujer, vio en esta oposición un escrúpulo de devota, una falta de mundo y persistió en su idea. La duquesa cedió, siguiendo el dictamen de su confesor; pero lloró amargamente, impulsada por un doble motivo. Recibió, pues, a María con excesiva circunspección; con una reserva fría, pero urbana. Leonor, que vivía según sus propensiones tranquilas, muy retirada, no recibía, sino pocas visitas, la mayor parte de parientes; los demás eran sacerdotes y algunas otras personas de confianza. Así pues, asistía con no desmentida perseverancia a las lecciones de su hija; y tanto empeño puso en no alejarla de sus miradas maternas, que este sistema no pudo menos de ofender a María. Las personas que iban a ver a la duquesa no hacían más que saludar fríamente a la maestra, sin volver a dirigirle la palabra. De este modo, llegaba a ser en extremo humillante la posición que ocupaba en aquella noble y austera residencia la mujer que el público de Madrid adoraba de rodillas. María lo conocía y su orgullo se indignaba, pero como la exquisita cortesía de la duquesa no se desmintió jamás; como en su grave, modesto y hermoso rostro no se había manifestado nunca una sonrisa de desdén ni una mirada de altanería, María no podía quejarse. Por otra parte, el duque, que era tan digno y tan delicado, ¿cómo había de permitir que nadie se le quejase de su mujer? María tenía bastante penetración para conocer que debía callar y no perder la amistad del duque, que la lisonjeaba, su protección que le era necesaria y sus regalos que le eran muy gratos. Tuvo, pues, que tascar el freno, hasta que ocurriese algún suceso que pusiese término a tan tirante situación. Un día en que, vestida de seda, y deslumbrando a todos con sus joyas, cubierta con una magnífica mantilla de encajes, entraba en casa de la duquesa, se encontró allí con el padre de esta, el marqués de Elda, y con el obispo de... El marqués era un anciano grave, de

los más chapados a la antigua. Era por los cuatro costados español, católico y realista neto. Vivía retirado de la corte desde la muerte del rey, a quien había servido en la guerra de la Independencia. Había un poco de tibieza entre el marqués y su yerno, a quien el primero acusaba de condescender demasiado con las ideas del siglo. Esta tibieza subió de punto cuando llegaron a oídos del severo y virtuoso anciano los rumores ya públicos de la protección que el duque daba a una cantatriz de teatro. Cuando María entró en la sala, la duquesa se levantó, con intención de darle gracias y despedirla por aquel día, en vista del respeto debido a las personas presentes. Pero el obispo, que ignoraba todo lo que pasaba, manifestó deseos de oír cantar a la niña, que era su ahijada. La duquesa se volvió a sentar; saludó a María con su urbanidad acostumbrada y mandó llamar a su hija, quien no tardó en presentarse. Apenas terminaba la niña los últimos compases de la plegaria de Desdémona, cuando se oyeron tres golpes suaves en la puerta. —Adelante, adelante—dijo la duquesa, dando a entender que conocía a la persona en su modo de llamar, y con una viveza nueva a los ojos de María, se puso en pie y salió obsequiosamente al encuentro de aquella visita. Pero María se sorprendió todavía más al ver este nuevo personaje. Era una mujer fea, de unos cincuenta años de edad y de aspecto común. Su traje era tan basto como desairado y extraño. La duquesa la recibió con grandes muestras de consideración y una cordialidad tanto más notable, cuanto más contrastaba con la reserva glacial que con la maestra había usado; la tomó de la mano y la presentó al obispo. María no sabía qué pensar. Jamás había visto un vestido semejante ni una persona que le pareciese menos en armonía con la posición que parecía ocupaba cerca de gentes tan distinguidas y elevadas. Después de un cuarto de hora de una conversación animada, aquella mujer se levantó. Estaba lloviendo. El marqués la ofreció su coche, con grandes instancias; pero la duquesa le dijo: —Padre, ya he mandado que pongan el mío. Dijo estas palabras acompañando a la recién venida, que ya se retiraba y que se negó tenazmente a hacer uso del carruaje. —Ven, hija mía—dijo la duquesa a su hija—, ven, con permiso de tu maestra, a saludar a tu buena amiga. María no sabía qué pensar de lo que estaba viendo y oyendo. La niña abrazó a aquella que la duquesa llamaba su buena amiga. —¿Quién es esa mujer?—le preguntó María, cuando volvió a su puesto. —Es una hermana de la caridad—respondió la niña. María quedó anonadada. Su orgullo, que luchaba con la frente erguida contra toda superioridad; que desafiaba la dignidad de la nobleza, la rivalidad de los artistas, el poder de la autoridad y aun la prerrogativas del genio, se dobló como un junco ante la grandeza y la elevación de la virtud. Poco después se levantó para irse; seguía lloviendo. —Tiene usted un coche a su disposición—le dijo la duquesa al despedirla. Al bajar al patio, María observó que estaban quitando los caballos del de la duquesa. Un lacayo bajó con aire respetuoso el estribo de un coche simón. María entró en él henchido el corazón de impotente rabia. Al día siguiente declaró resueltamente al duque que no continuaría dando lecciones a su hija. Tuvo buen cuidado de ocultarle el verdadero motivo y la astucia de dar a esta reserva todo el aspecto de un acto de prudencia. El duque, alucinado, tanto por el entusiasmo que María le inspiraba, como por los amaños de que ella supo valerse, supuso que su mujer habría dado motivo para aquella determinación, y se mostró aún más frío con ella. (*hayward state university graduate programs*).

04 Audiolibro La Gaviota Fern **N Caballero Cap Tulos 19 23**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>